



Chapter Title: LA INVENCION DE LA HISTORIA NACIONAL EN EL PERÚ DECIMONÓNICO
Chapter Author(s): Mark Thurner

Book Title: La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación

Book Subtitle: América Latina, siglo XIX

Book Editor(s): Guillermo Palacios

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <http://www.jstor.com/stable/j.ctv47w8qr.7>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



El Colegio de Mexico is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *La nación y su historia, independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación*

JSTOR

LA INVENCION DE LA HISTORIA NACIONAL EN EL PERÚ DECIMONÓNICO

MARK THURNER

Universidad de Florida

Más que ofrecer una relación de los pormenores de la “historiografía peruana”¹ en el siglo XIX, este capítulo intenta trazar a grandes rasgos las principales líneas narrativas y conceptuales que posibilitaron la invención de la “historia peruana”, entendida como un discurso narrativo autorreferencial (es decir, el sujeto escritor escribe “la vida” de un sujeto singular colectivo del cual se imagina ser miembro o crítico íntimo), cuya eficacia descansa sobre los efectos literarios realistas generados por la enfática repetición de su nombre propio (en este caso, “Perú” y “peruano”) en las cada vez más amplias esferas y tiempos “de la nación”. Al colonizar espacios y tiempos enunciativos (ciencia, pasado, política, futuro, economía, presente, educación, familia, comunidad) con su nombre, la historia nacional se naturaliza, volviéndose moderna identidad y universo referencial de los sujetos así nombrados (en este caso, “peruanos”). Lo que interesa aquí no es tanto esbozar la “historiografía” como “herramienta en la construcción del Estado nacional” sino indagar sobre los elementos literarios y conceptuales que hacen posible pensar (hasta hoy) que “Perú” es un sujeto colectivo singular (es decir, un sujeto madre con múltiples miembros, todos identificables por el mismo

¹ Siguiendo los argumentos de Jacques Rancière y Hayden White, prefiero *no* utilizar el concepto de “historiografía”, pues considero que es excesivamente limitado y, en todo caso, una presunción profesional inútil de origen Rankeano, que en vano pretende aislar los textos y las palabras (grafía, representación) de los hechos y las cosas (historia, presentación). Esta presunción permite imaginar a los historiadores profesionales de hoy (y de antaño) como siendo de alguna manera inmunes, o estando por encima de los protocolos lingüísticos heredados del discurso histórico y de la poética y la política más amplias de la época. En contraste, Rancière sostiene que la palabra “historia” es un concepto incrustado (o un homónimo) que hunde hábilmente la poética y la política de la narrativa y los hechos, las palabras y las cosas. Esto ocurre porque la historia se hace cuando los acontecimientos y las cosas están “propriadamente” nombradas, es decir, cuando los nombres propios (los sujetos nombrados por el sujeto escritor) generan los hechos y las cosas haciéndolos reconocibles para los sujetos lectores. Ninguna “historiografía” puede escapar de esta historia circular “hecha” por los nombres. Y la “historia” no *finje* que puede. Véase White, *Metahistory*, y Rancière, *The Names of History*.

nombre propio) y “genético” (es decir, transgeneracional y autorreproductivo) que “tiene historia” y sobre el cual se puede “escribir historia” o erigir “historiografía peruana”. En suma, ¿como es posible que algo llamado “historia peruana” exista y se preste a ser estudiada, escrita y vivida? Y de allí volver sobre la cuestión de “la invención de la historia nacional” ya que los historiadores de hoy son y somos el “futuro pasado” de esa moderna invención.²

El papel matriz que desempeña el nombre propio en la narrativa histórica fue bien comprendido por el filósofo e historiador Sebastián Lorente (1813-1884), y es por esta razón más que por ninguna otra que (a pesar de haber nacido en España) puede considerarse el fundador de la “historia peruana” contemporánea. Lorente hizo por el discurso histórico lo que los libertadores San Martín y Bolívar habían hecho por el discurso político: sus pronunciamientos y sus escritos hicieron que “el Perú” perteneciera a “los peruanos” y viceversa. Esto es, las historias de Lorente, publicadas entre 1860 y 1879, convirtieron para siempre a “todo el Perú” en el territorio eterno y soberano del saber y ser de “todos los peruanos”. Lorente inventó la “historia peruana” como el “relato completo” de todas las cosas memorables jamás alcanzadas por “los peruanos”, en un territorio literario o imaginado, proyectado retroactivamente y hacia el futuro. Lo hizo con un estilo inspirador y ameno, y con la aprobación del sistema educativo del Estado. Su “historia crítica de la civilización peruana” contemplaba “el desarrollo nacional” como la sublime “armonía entre todos los elementos civilizados”, desde el pasado más remoto y primitivo hasta el presente y hacia el futuro, estableciendo así el marco genealógico perdurable del discurso histórico peruano contemporáneo (y el plano de todos los museos nacionales del Perú). Era, además, muy consciente de la vital importancia de su labor para la nación: “para nosotros —escribe— la historia [...] de la civilización peruana [...] es la más importante después de la historia sagrada.”³ Al igual que el francés Jules Michelet, Lorente trabajó dentro de “la concepción de la historia de un pueblo como un todo unitario que se va desarrollando desde un momento original hacia un destino, y que se manifiesta en la identidad armónica del alma nacional”.⁴ Gracias sobre todo a Lorente, en la década de 1880 Perú poseería una narrativa histórica nacional propia, cuya genealogía era antigua y cuyo futuro sólo estaba limitado por el alcance providencial de su glorioso nombre. ¿Cómo ocurrió todo esto? ¿Y cuáles han sido sus efectos?

Lorente vivió y escribió en el Perú durante la próspera pero truncada “era del guano” (1845 a 1880) y fue el más prolífico e influyente historiador del

² Koselleck, *Futures Past*.

³ Lorente, *Historia del Perú compendiada*, p. 4.

⁴ Quijada, “Los ‘incas arios’”, pp. 246-247.

Perú del siglo XIX. Partisano en la “Revolución liberal” del Perú (1854-1855), Lorente logró el favor de los más poderosos presidentes y ministros del Perú del siglo XIX y fue durante la llamada época liberal (desde el régimen de Ramón Castilla al de Manuel Pardo) cuando se formaron tanto la moderna República Peruana como la “historia peruana”. Por entonces director del colegio liberal más importante del Perú (Nuestra Señora de Guadalupe), con cátedras en historia natural en la Facultad de Medicina y en historia de la civilización peruana en la Universidad de San Marcos, donde fue el decano fundador de Letras, Lorente escribió, casi sin ayuda, la primera generación de libros de texto de filosofía y de historia (y de muchas otras materias), institucionalizando y dando a la vez coherencia filosófica a la nueva historia nacional.

Aparte de su gran peso institucional y pedagógico, Lorente destacó entre los historiadores peruanos de su época por su pensamiento filosófico y la fluidez de su escritura. La mayoría de los “historiadores” del Perú durante este periodo se caracterizaron por ser eruditos, analistas, bibliógrafos, biógrafos, costumbristas o ensayistas. Los más estrechos competidores de Lorente fueron Manuel de Mendiburu (1805-1885), Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886) y Ricardo Palma (1833-1919). El general Mendiburu compiló un notable “diccionario biográfico-histórico” de grandes hombres y de los hechos y épocas que los rodearon, sin embargo no se trataba de historia en el sentido contemporáneo. Paz Soldán, reconocido por los historiadores profesionales por haber introducido el uso sistemático de la nota a pie de página y editado la primera revista de historia del Perú, *La Revista Peruana*, recopiló numerosas fuentes para la historia del Perú independiente, pero según él mismo reconoció, su *Historia del Perú Independiente* (1868) no era sino “anales o crónicas” incompletos de los hechos que pudo documentar.⁵ Ricardo Palma compiló los *Anales de la Inquisición de Lima* (1863-1897), pero admitió que el trabajo era poco más que “el armazón de un libro filosófico-social, que otro más competente escribirá. El autor se conforma con que no se le niegue el mérito de haber, pacientemente, acoopiado los datos. La tela y los materiales son suyos. Que otro pinte el cuadro”.⁶ Las *Tradiciones* de Palma se caracterizan por ser pequeñas viñetas, diálogos, la transcripción de documentos históricos y anécdotas, muchas de las cuales están

⁵ Riva Agüero reconoció con acierto la pobreza de los escritos de Mendiburu y Paz Soldán, señalando que en estos autores había una “falta de criterio filosófico y de visión sintética, estilo incoloro y pesado, total ausencia de animación y gracia por el relato”. Riva Agüero, *La historia en el Perú*, p. 331. Además de por su confesa falta de capacidades literarias, Paz Soldán estaba inhibido por su propia concepción de la historia, que requería la separación entre “narración” y “filosofía” y que “el estilo sea sacrificado en el altar de los documentos”. Véase sus comentarios preliminares en Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, pp. i-v.

⁶ Palma, *Tradiciones peruanas completas*, p. 1207.

tramadas en los modos verbales festivos y a menudo satíricos del *costumbrismo* liberal. Tanto los *Anales* como las *Tradiciones* son los frutos literarios de una abundante investigación en archivos y bibliotecas, cuando Palma era director de la Biblioteca Nacional, y no hay duda de que sus trabajos han sido ampliamente leídos en la Lima del siglo XX como una forma de *historia* popular. En contraste con los escritos de estos tres autores, los trabajos de Lorente no son biográficos, recopilaciones de fuentes ni aburridos anales, y tampoco se caracterizan por la anécdota literaria o la viñeta. Las historias de Lorente son filosóficas, multidisciplinarias, evolutivas y empíricas, y “pintan cuadros” narrativos de la trayectoria completa de la “historia peruana”. Lorente no hace alarde de erudición, pero sus textos merecían sin duda el nombre de historia en la época contemporánea mundial. Mendiburu, Paz Soldán y Palma admitían tener una visión más limitada de la historia (crónica política, compilación, biografía, cronología), así como una incapacidad confesa para escribir historia “filosófica” o “social”. Lorente era todo lo contrario: su visión de la historia era filosófica o historicista y su manera de escribir era sintética. Es más, Lorente fue el único historiador en el Perú del siglo XIX que pudo finalizar y ver publicadas una serie de libros que abarcaban la totalidad de la “historia peruana”, desde la “época primitiva” hasta la “era contemporánea”. Sus indispensables libros de texto y su “historia general” circularon profusamente en las escuelas, librerías y salones del Perú, e influyeron decisivamente en el diseño de los planes de estudios nacionales del país, a nivel secundario al igual que universitario. Aunque sólo sea por esta razón, su trabajo constituye la mejor descripción, tanto de la vanguardia académica como de las tendencias oficiales y no oficiales del pensamiento histórico y su enseñanza en el siglo XIX en el Perú.

LA MUTACIÓN POÉTICA DEL SUJETO SOBERANO:
DEL LIBRO DE LOS REYES AL LIBRO DEL PUEBLO

La “historia peruana” poscolonial puede entenderse como una poética republicana y una enseñanza del conocimiento de sí mismo, que respalda la formación progresiva de ciudadanos y nacionales “ilustrados” y “libres” que, adecuadamente informados de su historia, puedan “realizar su destino” como “hombres peruanos”. Esta poética fue posible gracias a la revolución de la independencia pero requirió el destronamiento conceptual del antiguo “Libro de los Reyes” o historia dinástica, un hecho literario que no pudo llevarse a cabo hasta la “Revolución liberal” y la generación de Lorente. Similar al caso de Francia⁷ pero marcada por

⁷ Para el caso de Francia, véase Rancière, *The Names of History*.

una diferencia colonial, “decapitar al Rey” en el campo conceptual de la historia nacional implicaría, sin embargo, asumir una profunda deuda con su antecesor y sombra. En su *Diccionario para el pueblo* (1855), Juan Espinosa, soldado e intelectual revolucionario, redefinió la “historia” en estos términos republicanos:

‘La historia’, dice un autor que no recordamos, ‘es el libro de los reyes; pero es preciso que esté escrito por hombres libres y amigos de la verdad.’ Este autor debió ser cortesano; porque si no hubiera dicho: ‘La historia es un maestro de escuela que enseña a leer a las sociedades modernas en el libro en que aprendieron a deletrear las antiguas.’⁸

Por las razones esbozadas anteriormente, no hay duda de que Lorente fue el más destacado “maestro de historia” del Perú republicano. Él comprendió que la manera de escribir historia era histórica, es decir, que la nueva “Edad de las Revoluciones” suponía una nueva poética histórica del pueblo y para el pueblo, y ya no simplemente anales “cínicos” o “desinteresados de los hechos”. La historia era un espejo filosófico y literario de los grandes cambios y verdades del hombre. En el Perú la atrevida nueva edad del “hombre contemporáneo” nació de la revolución de independencia, ya que “existía [...] una unión íntima, pero secreta [...] entre la causa de la independencia y la de la república [se] confundían la caída del coloniaje con la abolición de la monarquía: la causa del Rey era diametralmente opuesta a la causa de la patria; el pueblo propendía instintivamente a la república, y los patriotas más ilustrados eran en general republicanos entusiastas”.⁹

La vieja “causa del rey” y el colonialismo habían estado sostenidos por la vieja historia cortesana o “Libro de los Reyes”. Como señaló Espinosa, la era republicana de la revolución demandaba una historia magistral y “antigua” del y para el pueblo. Y en *Historia antigua del Perú* (1860), Lorente dejó claro por qué la “historia antigua” era ahora de lectura obligada para la republicana y moderna “sociedad peruana”:

Si la civilización antigua del Perú ofrece un interés general a los hombres de todos los países, tiene para nosotros el de la actualidad y el del porvenir. Ella está personificada en monumentos que aún subsisten, vive en nuestras costumbres e influye sobre nuestra marcha social y política; quien la ignora, no puede comprender nuestra situación, ni dirigir la sociedad con acierto. La influencia que su conocimiento está llamado a ejercer sobre nuestros sentimientos, excede en im-

⁸ Espinosa, *Diccionario para el pueblo*, pp. 558-562.

⁹ Lorente, *Historia del Perú desde la proclamación*, pp. 3-4.

portancia a las luces que nos da para comprender el presente. Por la grandeza pasada presentiremos la futura; y conociendo mejor lo que puede ser el Perú, cooperaremos con mayor resolución a su engrandecimiento.¹⁰

Lorente no estaba solo. La práctica o “causa política y social” de la antigüedad republicana fue esbozada en las *Antigüedades Peruanas* (1851), de Mariano Eduardo de Rivero (con Jacob von Tschudi). A diferencia de la tradición cortesana e imperial del “Libro de los Reyes”, más tarde rechazada por Espinosa, donde las crónicas estaban rutinariamente dedicadas al rey, al príncipe o al virrey, el primer libro republicano de “antigüedades peruanas” estaba apropiadamente dedicado al Congreso del Perú y a “la causa de la soberanía nacional”. Esta causa no era otra que “la causa de la memoria en contra de la perdición”. El epígrafe del libro cita esta línea de Casimir Perrier: “Los monumentos son como la Historia, y como ella inviolables. Ellos deben conservar la memoria de los grandes sucesos nacionales y ceder tan solo a los estragos del tiempo.”¹¹ Rivero (1798-1857) fue director y fundador del primer museo nacional de historia natural del Perú independiente y aseguró el financiamiento del Congreso para subsidiar la impresión de láminas litográficas en la Viena imperial, gracias a la mediación de su colega suizo el peruanista Jacob von Tschudi, miembro de la Real Academia de Ciencias de Viena. En el prefacio del libro, Rivero deplora la lamentable herencia colonial de destrucción y negligencia; escribe:

Siglos han transcurrido sin que el Perú posea una colección de sus antiguos monumentos arqueológicos, que el tiempo, la codicia y superstición destruyeron en parte. Estos testigos mudos pero elocuentes, revelan la historia de sucesos pasados y nos muestran la inteligencia, poder y grandeza de la nación que rigieron nuestros incas [...] La historia de las naciones [...] no solo interesa por saber a que grado de poder y cultura llegaron estas [...] sino también, para instruirnos de sus progresos [...] y preparar a los pueblos para el goce de una libertad nacional.¹²

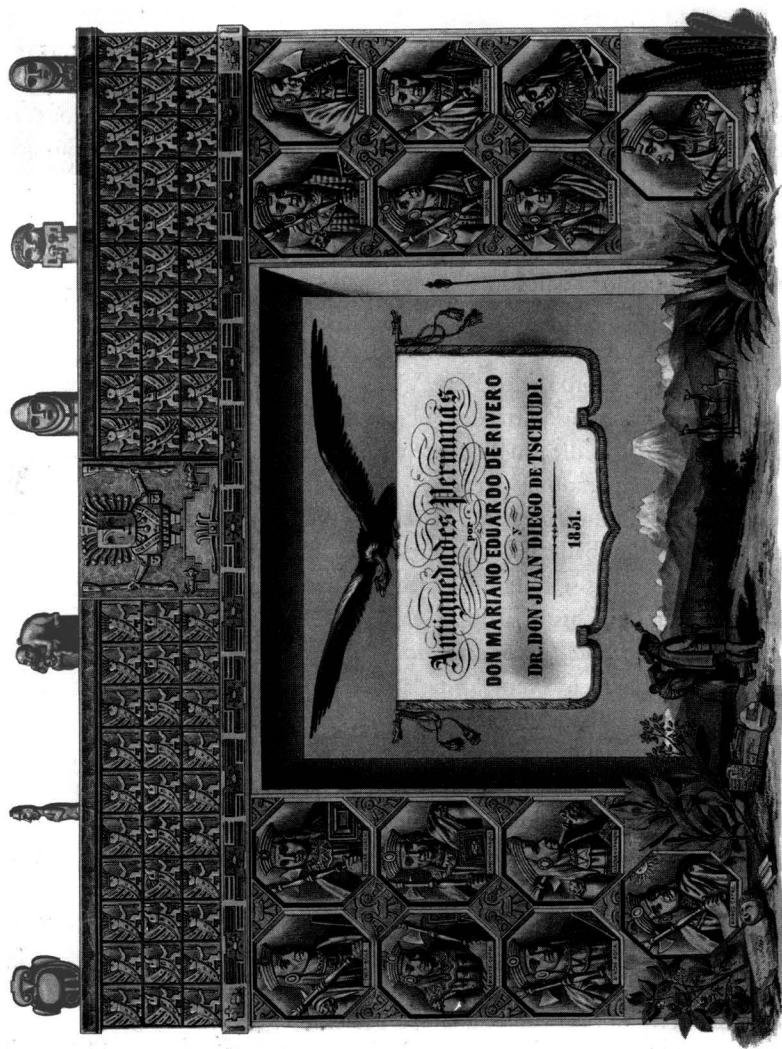
El frontispicio del segundo volumen de *Antigüedades peruanas*, presentado como sustento para la “imaginación generosa” de los peruanos y de su congreso (ya “que Babilonia, Egipto, Grecia y Roma no son los únicos imperios que merecen servir de pábulo a una imaginación generosa”¹³), es una magnífica representación de la historia sumamente prometedor del Perú. (Ilustración 1)

¹⁰ Lorente, *Historia Antigua del Perú*, pp. 7-9.

¹¹ Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, p. i.

¹² *Ibid.*, vol. 2, p. iii.

¹³ *Ibid.*, vol. 2, p. 309.



Engraving by J. J.

Ilustración 1

En este sepulcro neoclásico y romántico-científico de y para la generosa imaginación de los peruanos, la antigua ruina de la *Puerta del Sol* en Tiahuanaco (hoy Bolivia) se levanta triunfal y simboliza el umbral republicano hacia el futuro nacional. La bucólica familia india y la fauna y flora nativas “dan vida” a la generosidad del paisaje de la tierra autóctona, mientras la gloria de los antiguos reyes incas y la cantería presagian la mayor bienaventuranza aún por venir. Pero la antigua Puerta del Sol, que representa el arco triunfal republicano de un sepultado “Perú antiguo”, es a la vez un “espejo” que pronto se convertiría en símbolo o “logo” nacional.¹⁴ De la misma manera en que los efímeros arcos triunfales virreinales e imperiales, construidos para las ceremonias reales en los siglos XVII y XVIII, eran majestuosos “espejos del príncipe” dedicados a la educación del príncipe o del virrey,¹⁵ el viejo arco republicano de Rivero es un “espejo del pueblo” dedicado a la causa de la memoria e iluminación de la “soberanía nacional”.

Este espejo republicano y antiguo del pueblo es una mutación de la vieja historia imperial o “Libro de los Reyes” y su discurso colonial. Los catorce reyes incas que adornan la Puerta del Sol que figura en las *Antigüedades Peruanas*, son copias exactas de aquellos que adornaban la representación imperial española de los “emperadores peruanos” o “monarcas” incas y “ultramarcos” del Perú, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, publicado en Madrid en 1748 (Ilustración 2). El grabado fue compuesto por artistas peruanos y españoles, pero en muchas formas se trata de la interpretación creativa en imágenes de la teoría y grandeza de la historia dinástica, y corresponde muy cercanamente a la poética de *Lima fundada o la conquista del Perú* (1732), de Pedro de Peralta Barnuevo. La ilustración representa la sucesión del rey Fernando VI, como fue imaginada y celebrada en Lima en 1746 (tres años después de la muerte de Peralta). Los “emperadores peruanos” están enmarcados por el “Teatro Político” del mundo civilizado hispano, simbolizado con el suntuoso pórtico flanqueado por representaciones piramidales de las “Columnas de Hércules” (ya que Peralta y otros historiadores españoles habían confirmado que el fundador de España era “egipcio” y no “griego”). Ángeles suspendidos sostienen la providencial cadena de oro o “hilo de la historia” que “forja” la Fe, que une los pendones de las dinastías inca y española del Perú, desde el inca fundador Manco Cápac al nuevo rey Fernando VI. En esta representación de la historia dinástica del Perú, el inca Atahualpa aparece como el XIV emperador perua-

¹⁴ Sobre la “logoización” de las ruinas en la imaginación nacional, véase Anderson, *Imagined Communities*, p. 182.

¹⁵ Sobre los arcos efímeros como “espejos del príncipe” o del virrey en la América española, véase Cañeque, *The King's Living Image*.

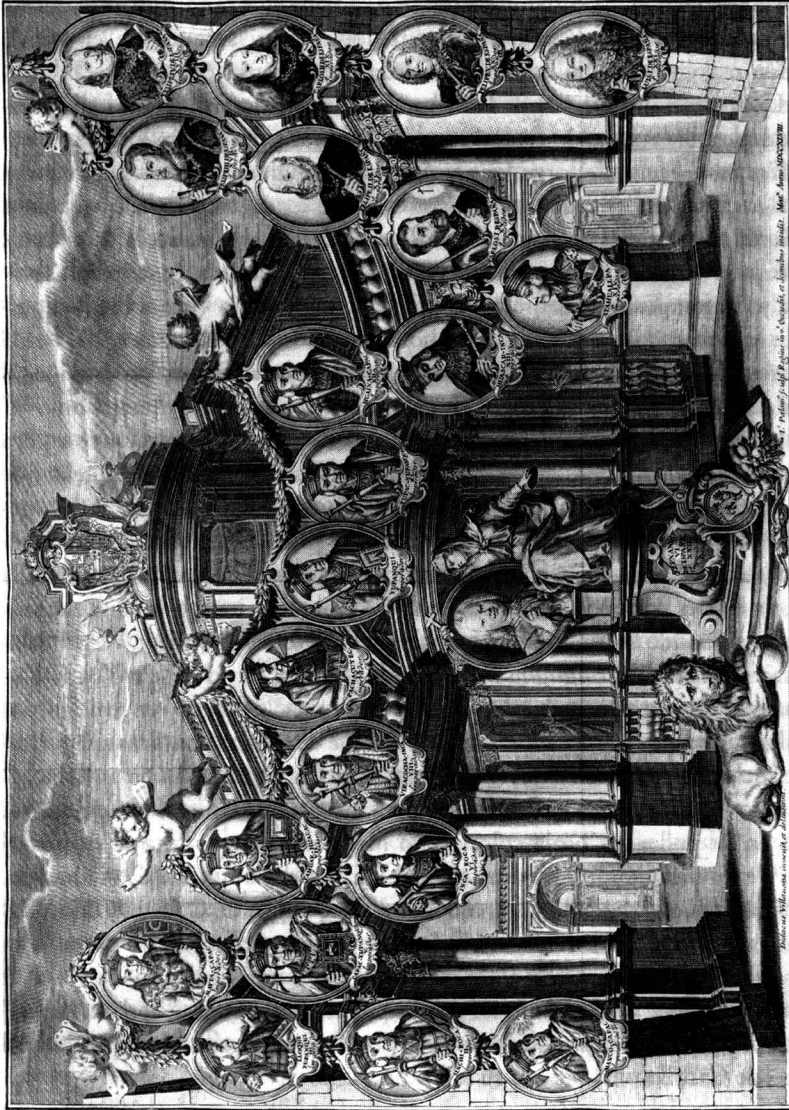


Ilustración 2

no y ofrece su cetro real al Sacro Emperador Romano Carlos V, quien blande su espada, aquí nombrado XV Emperador del Perú. El pendón de Carlos V muestra la Santa Cruz, el sagrado emblema adoptado por la Casa de los Austria; su cristiana luz absorbe y reemplaza la luz pagana, aún brillante, del sol idolatrado por Manco Cápac, representados respectivamente, en el primer pendón real en el ángulo inferior izquierdo de la ilustración.

La ilustración de 1748 de los “emperadores peruanos”, es un bello “cartel” desplegable encartado en el Apéndice de la *Relación histórica del viaje a la América meridional*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, acertadamente titulado “Resumen histórico del origen y sucesión de los incas, y demás soberanos del Perú, con noticias de los sucesos más notables en el reinado de cada uno”. El *Resumen histórico*, cuyo autor fue Ulloa, es en esencia una transcripción abreviada y contemporizada del relato del Inca Garcilaso de la Vega sobre la dinastía de los incas, con varias adiciones notables. “Los otros soberanos del Perú” son añadidos a la historia dinástica, de tal manera que “Carlos I de España, V de Alemania” o “El Sacro Emperador Romano”, es aquí presentado como “el XV Monarca del Perú” y “el XV Emperador del Perú”. En efecto, se agrega una nueva dinastía “peruana” a los anales de la historia universal: aquella que comienza con “Carlos XV del Perú”. Pero, ¿quién presidía su coronación peruana? La ilustración proporciona la respuesta: la Fe. De hecho, la figura alegórica de la Fe, forjadora de la “dinastía peruana”, está en consonancia con la historia en dos partes de Garcilaso de la Vega sobre los incas y la conquista española, en donde la “tiranía de Atahualpa” y la intervención de la Virgen María hacen posible un *translatio imperii* de los “Incas, Reyes del Perú” a Carlos V “emperador romano y del universo”. “Carlos XV del Perú” va seguido por una larga lista de “gobernadores del Perú”, que comienza con Francisco Pizarro e incluye a todos los virreyes del Perú. Destaca que Atahualpa es restaurado como “el último inca” del “imperio peruano” ya que, antes de su ejecución, tenía en su poder la “borla colorada” o insignia roja, que se consideraba el equivalente inca de un sello dinástico. Se dice que a la muerte de Atahualpa, Pizarro se adueñó del sello y lo pasó a otro de los hijos de Guayna Cápac, llamado Manco I. Pero “Manco Inca” devolvió el sello real a Pizarro quien, a su vez, se lo hizo llegar a Carlos XV del Perú. En la ilustración puede verse en primer plano, en la parte inferior a la izquierda de la Fe, la “borla colorada” con tocado inca, mientras que abajo a su derecha reposa el León, emblema del Reino de Castilla y León, con su zarpa descansando sobre el orbe.

Una muy buena razón por la que el español Ulloa es encumbrado posteriormente por la élite criolla de Lima como “nuestro historiador nacional”, es el tratamiento que da al inca fundador Manco Cápac. Remando contra la corriente de los críticos de la Europa noroccidental del siglo XVIII, que entonces

sostenían que el primer inca era seguramente de origen “extranjero”, Ulloa afirmaba que Manco Cápac debió ser un “príncipe” descendiente por línea paterna de una antigua pequeña “nación” cerca de Cuzco, que entonces se extendió bajo su gobierno. La crónica de Ulloa estaba en franca consonancia con el renacimiento y los sistemas dinásticos y disposiciones de la “noble ciencia de los príncipes”, así como con el discurso colonial del “indio desgraciado” o “miserable”, tan típico de los pronunciamientos de los virreyes, magistrados e inspectores en el Perú (y México).¹⁶ En este discurso, los indios comunes eran rutinariamente descritos como perezosos de mente y cuerpo y fácilmente influenciados por las exigencias de impostores sediciosos, que se presentaban a sí mismos como herederos vengadores de la dinastía inca. En la historia de Ulloa, como en el discurso de los magistrados coloniales, existe casi siempre un abismo temporal y moral entre el glorioso pasado inca y el misérrimo presente indígena. En líneas generales, este abismo refleja la división de la estructura social en nobles y plebeyos. No obstante, en el siglo XVIII, y ahora que los incas estaban convirtiéndose en las “antiguas” tumbas de la memoria republicana, ese abismo fue efectivamente temporalizado. Sin embargo, reclamos “utópicos” en el pasado inca, hechos por rebeldes indios a fines del siglo XVIII, sugieren que en algunos casos el pasado inca estaba cualquier cosa menos sepultado.¹⁷

El abismo colonial de carácter temporal entre el minúsculo nativo viviente y el glorioso inca fallecido dejó su marca en el “generoso” arco republicano de Rivero. Dicho arco (véase arriba ilustración 1) constituye un ilustrativo contraste con la arquitectura de la historia imperial de las dinastías (véase arriba ilustración 2) pero es, a la vez, una sucesión. Ninguna virgen alegórica (la Fe) ni tampoco los Ángeles rondan alrededor del arco republicano del “antiguo Perú”, ahora representado con el asombroso realismo y supernaturalismo de la estética neoclásica y romántica peruana que, en efecto, no deja lugar a la *dinastía ultramarina*. La bóveda palaciega de un imperio dinástico universal que flota sobre “el orbe político” gracias a los Ángeles y la Fe, ha sido devuelta en la curvatura de las alas de los ángeles y vuela sin ataduras a través del océano. Ahora efímero, el palacio dinástico es desplazado por la antigua y firme Puerta del Sol en Tiahuanaco, anclada firmemente en “el país”. Aquí, en el territorio originario de la dinastía inca, éstas están talladas en la piedra antiquísima frente a la grandeza humboldtiana y la sublimidad del paisaje ecuatorial andino (volcanes, flora, fauna), descrito científico-románticamente, como pronto veremos, por el criollo peruano Hipólito Unanue hacia fines del siglo XVIII. Son ahora “nuestros incas” porque están muertos, sepultados en “la tie-

¹⁶ Para una discusión sobre este discurso, véase Cañeque, *The King's Living Image*.

¹⁷ Szeminski, *La utopía tupamarista*.

rra". Esculpidos en piedras monumentales, los incas que vivieron en las páginas y en la imaginería del dinástico Libro de los Reyes y su "Imperio Peruano", encontraron así una vida peruana de ultratumba en la historia republicana. En su calidad de arcaicos, los incas sirven ahora de marco de referencia civilizadora al futuro de "la generosa imaginación de los peruanos". La diminuta familia al pie del gran umbral incaico-republicano de la "civilización peruana" es un núcleo bondadoso y bucólico, que mira hacia arriba y hacia adelante. Bajo el antiguo arco de la república, puede buscar ahora la libertad que ejerce su atracción desde la generosa tierra nativa y las alas del magnífico cóndor. El "hombre peruano", ex indígena, señala hacia el futuro, cuyo nombre es el libro de "Antigüedades peruanas". El cóndor, que enarbola el título "soberano del reino aviar" y "soberano de estas regiones", ha desplazado a la Fe y los ángeles como soberano símbolo natural, llevado por el aire, de la noble grandeza del Perú. En primer plano y más allá del antiguo umbral, atrae la fecundidad y majestuosidad de la tierra natal: las llamas, la "hoja divina" o planta de coca, la chinchona, planta de la que se extrae la cura milagrosa de la malaria, o los altísimos volcanes que propagan fertilidad por todo el territorio.

En resumen, el arco incaico-republicano de Rivero ejecuta una mutación o movimiento poético, pues en él el paisaje del reino dinástico nativo está listo para que su suelo sea embaldosado por el buen maestro de la historia. La tierra es el lecho de muerte del título y el libro "Dinastía ultramarina" y, al mismo tiempo, la tumba sagrada de los incas.¹⁸ El museo arqueológico de Rivero para "la imaginación generosa", se convierte así en el paisaje doméstico que da "fondo nacional" al aula de historia de Espinosa y Lorente, en donde los peruanos modernos pueden estudiar cómo los antiguos peruanos aprendieron a deletrear "civilización". La visión de Rivero fue de este modo un "nacionalismo oficial", aunque en una modalidad republicana poscolonial cuya "historia antigua" necesitaba dar cabida a los "soberanos" incas "peruanos".¹⁹

EL LIBRO DE LOS REYES PERUANO

Quizás el ejemplo peruano más brillante de la poética histórica dinástica de "El Libro de los Reyes" a finales de la colonia es el trabajo del talentoso "Astrónomo e Ingeniero del Reino", matemático, poeta y rector universitario, el criollo

¹⁸ Rancière, *The Names of History*, p. 66.

¹⁹ Sobre el "nacionalismo oficial" en la Europa Central del siglo XIX en tanto estrategia reaccionaria para "naturalizar" las dinastías imperiales, véase Anderson, *Imagined Communities*, capítulo 6.

Pedro de Peralta Barnuevo (1664-1743). Peralta ha sido también ampliamente malinterpretado como adulator de los reyes y virreyes españoles y como escolástico anticuado sin una conciencia criolla moderna y, por ello, su trabajo ha sido a menudo juzgado por los historiadores profesionales como carente de rigor empírico. Pero como Jerry Williams ha sostenido recientemente, la obra de Peralta muestra deliberadamente las marcas coloniales del hibridismo y la ambigüedad criollas. Su pensamiento es, diríamos hoy, entre barroco e ilustrado, es decir, entre neoplatónico y neoclásico, y los defectos de su investigación son, en gran medida, producto de una biblioteca limitada y de falta de fondos.²⁰ En realidad, las crónicas de Peralta proporcionan los mejores instrumentos para comprender el arco de los “emperadores peruanos” de Juan y Ulloa, y para pensar en la poética de la “historia peruana” de cualquier época, incluso hoy.

Admirador de la “teoría del discurso” de Antonio Solís, Peralta escribió historias paralelas de España y del Perú, dedicadas al príncipe y al virrey, pero no auspiciadas por ellos. La *Historia de España vindicada* (1730) es una defensa historicista criolla de un imperio en crisis, cada vez más atacado por los poderes y los intelectuales de la Europa noroccidental, pero también cuestionado por los marginales del mismo imperio. Quizás sea la única historia de España escrita por un súbdito colonial, y Peralta es muy consciente tanto de su lugar de provinciano dentro del imperio, como del atrevimiento de su empresa. La historia está dedicada al príncipe Fernando VI (1713-1759), quien heredaría el trono en 1746 de su padre Felipe V. Pero Peralta nunca recibió del rey una petición expresa que auspiciara el trabajo, y no hay pruebas de que el príncipe o el rey jamás leyeran la obra, a pesar de que se enviaron copias a España.²¹

La dedicatoria al príncipe que precedía la historia de España de Peralta fue firmada por su protector local y colega académico Ángel Ventura Calderón y Cevallos. La dedicatoria dio la oportunidad de reflexionar sobre la naturaleza y utilidad de la historia por venir, y el elocuente discurso de don Ángel aprovechó ampliamente esta oportunidad.

Entre todos los ilustres Trabajos que emprenden los hombres es el de la Historia uno de los más gloriosos a un tiempo, y los más útiles; como que todo se dirige a la honra, y al ejemplo. Es una empresa formada a dos hazes de inmortalidad; la que da a los pasados con el nombre, y la que previene a los futuros con la regla. Aun hace más que la misma heroicidad, y se estiende a más que todas las hazañas: porque es la misma heroicidad fecunda, y es todas las hazañas inmortalizadas.²²

²⁰ Véase Williams, “Introduction”, *Historia de España vindicada*, pp. xi-lii.

²¹ *Idem*.

²² Ventura Calderón y Cevallos, “Al Príncipe nuestro Señor”, *Historia de España vindicada*.

La historia, escribió Calderón y Cevallos, “ofrece junto y reflectado todo lo que separado y desnudo dieron los sucesos: y lo que aun la vista no pudo distinguir confuso, lo da ordenado su memoria. No solo compense lo que le falta de existencia en los hechos, sino que lo mejore, cuanto excede la realidad de las luzes a la evidencia de los casos”. La historia no es solamente el espejo de todo lo grande en la vida, es aún más grande que la vida porque es la brillante suma de “todas las hazañas inmortalizadas”.²³ Y ¿qué es el rey? El rey era precisamente la suma de “todas las hazañas inmortalizadas” de su real estirpe. Por ello el rey era “una historia animada”. El príncipe debía no sólo “imitar” las hazañas de sus reales antecesores sino “mejorarlas”, es decir, ser más grande que ellas y así ofrendar a la mayor gloria de su linaje sus virtudes o “cualidades”. Al igual que los príncipes bienhechores, el historiador “mejoraba” y “memorizaba” las hazañas confusas y olvidadas de la vida real. La historia misma era “dinástica”, ya que era “una copia” del rey para el príncipe. Al igual que los príncipes, los nuevos libros de historia debían “mejorar” las historias del pasado. La soberana indivisibilidad del objeto de la historia (las hazañas inmortalizadas) era un reflejo de la soberana indivisibilidad del sujeto de la historia (el linaje real de héroes, santos y reyes depositado en la figura del príncipe, símbolo del porvenir y “cabeza de la nación”). Esta era la “teoría” de la *Historia de España vindicada*, de Peralta Barnuevo.

En muchas formas, la escritura posterior de la historia en el Perú poscolonial sustituirá simplemente nuevos elementos retóricos o “unidades de discurso” por los esbozados por Peralta (pueblo por rey, nación por príncipe, progreso o desarrollo por estirpe real, hechos por hazañas) con el resultante de que su estructura poética más profunda se mantiene mayoritariamente inalterada, mientras que sus contenidos filosóficos y políticos sí se modifican de acuerdo con el alcance de los campos semánticos de los nuevos términos. La función poética unificadora del nombre propio (la “Nave Política” de la narrativa histórica) y el largo “hilo” de la genealogía (el “mapa intelectual de todas las edades”) se mantendrán como los sellos distintivos del discurso histórico “nacional” del Perú. Lo mismo sucederá con la poética de la enseñanza: narrativa inspirada que inspira a su vez la acción y el amor de los nuevos sujetos soberanos de la historia: los peruanos. La historia de Peralta anticipa también una convención poética que todavía caracteriza la historia social y nacional: el contexto “explicativo” provisto por el esbozo geográfico de “el país”.

En efecto, Peralta transforma todo el proyecto de la vindicación de España en una vindicación del Perú. Esto se debe a que el Perú, con sus hijos ilustres, era ahora un tributo maduro a la virtud histórica de España y su Impe-

²³ Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada*.

rio. Así, la relación entre el Perú y España era ahora la misma que entre Hispania y Roma en tiempos del Imperio Romano, cuando Hispania era la “provincia más noble” del Imperio Romano. En síntesis, la España moderna era un gran imperio, como Roma, difundiendo entre sus provincias más favorecidas (entre las cuales “Perú” fue el mejor y más rico) las virtudes humanistas de “la pluma y la espada”. El Perú podía convertirse en lo que era España. La periodización epocal de la historia de España, que Peralta distribuye en una serie de “estados”, partiendo de una libertad primitiva para luego pasar a la “conquista” romana, seguida por la “monarquía” española y finalmente por la era “moderna” (que incluye la invasión morisca, la reconquista y el Imperio), podía aplicarse de manera general a la arquitectura de una historia peruana. En resumen, la historia de España de Peralta ejecutaba *un translatio studii et imperii* hacia el Perú y Lima.

La historia del Perú de Peralta Barnuevo se escribe, o más bien se canta, en verso. Dedicada al virrey del Perú, *Lima fundada o la conquista del Perú* es un “poema de verdad” épico que canta la fundación del Virreinato del Perú y su “Ciudad de los Reyes del Perú”. Se trata, esencialmente, de una transposición de la historia del Inca Garcilaso a la lengua poética de los *cantares de gesta* épicos, pero en este caso es Peralta quien canta sobre el “Orbe Peruano”. Como en la narración del Inca Garcilaso, Peralta cuenta que Pizarro pasó la “borla colorada” del “tirano” ejecutado Atahualpa a su legítimo heredero, Manco Inca, en Cuzco, pero que Manco se la había ofrecido a Pizarro. El discreto Pizarro se excusa diciendo que primero debe consultar con su emperador Carlos V, ya que no es rol de un capitán intervenir en las modificaciones de los imperios. Lo que Pizarro hace luego es

*Y con asombro de ambos hemisferios,
Un imperio formar de dos imperios.*

Ante los ojos de la divina Providencia, y gracias al genio militar y al tacto político de Pizarro, se forma un imperio a partir de dos. Pizarro se dirige entonces a la costa a fundar Lima. La real ciudad peruana de Peralta es la unión de dos imperios en uno, el distinguido depósito de dos soberanías. Notablemente, Peralta hace referencia a Lima como “la Ciudad de los Reyes del Perú”. Aunque el significado del nombre es ambiguo (puede ser leído como la Ciudad de los Reyes en el Perú, que de por sí tiene dos lecturas distintas, una religiosa y otra realista, o como la Ciudad de los Reyes peruanos) es evidente que Peralta insinúa la última lectura, esto es, que Lima es el “asiento” de los reyes incas y españoles. Esta real unión limeña y criolla está de acuerdo con la ilustración de Juan y Ulloa de 1748 descrita arriba (ilustración 2), que al igual que

la *Historia de España vindicada* de Peralta, es también un don y espejo ofrecido al ascendente príncipe Fernando VI. Esta imagen de Lima como la unión de las historias dinásticas de los monarcas del Perú incas y españoles, también fue desarrollada en ceremonias reales o fiestas en las calles de Lima, algunas de las cuales fueron descritas por el mismo Peralta.²⁴

La magnífica dedicatoria de Peralta en *Lima fundada* inmortaliza al virrey del Perú en virtud de la “geometría del honor” que le une con el conquistador del Perú y fundador de Lima como “dos imperios en uno”, Francisco Pizarro. Tanto el conquistador como el virrey son considerados “héroes” del Imperio Peruano.²⁵ Pero la cadena poética de la “geometría del honor” de Peralta se aleja mucho más en el tiempo, llegando hasta el fundador mismo de la dinastía inca: Manco Cápac. Por supuesto, la fuente de Peralta fue la *Primera parte de los comentarios reales de los incas* (1609). En efecto, la obra del Inca Garcilaso había sido recientemente reimpressa en Madrid (1723) con un nuevo y erudito prólogo dedicado a la educación y gloria de Felipe IV. La historia del Inca Garcilaso era ahora un texto esencial en los proyectos culturales criollo y borbónico que sostenían las crónicas de Peralta: restaurar la legitimidad y la grandeza de los imperios español y peruano.

La historia del Inca Garcilaso triunfó en Europa por diferentes razones. Está escrita en el idioma renacentista de la *historia magister vitae* de Cicerón, “un discurso que a la vez transmite el ejemplo e impele al lector a actuar, imitando (o ignorando) el ejemplo”.²⁶ Su éxito puede adjudicarse al hecho de que narraba una historia reconocible y ya fabulada del ascenso y caída ejemplares de los “reyes” incas, que respondía a las convenciones de la historia dinástica y a la epistemología thucydideana, renovada por los historiadores renacentistas, según la cual la “verdadera relación” de los hechos requería que el autor fuera un testigo ocular. Pero el texto también circulaba en el siglo XVIII en ediciones resumidas en inglés y francés, donde era erróneamente leído como una crítica a España. Por otro lado, tras su segunda edición española de 1723, el texto de Garcilaso circularía en Perú como una obra reivindicativa “nacional”, sirviendo principalmente a restaurar los proyectos imperiales peruanos en América del Sur. La *Historia General* del Inca Garcilaso no está dedicada al rey católico, sino a la madre del Rey de reyes, puesto que la Virgen María o “el Marte español” había sido el elemento decisivo de la batalla de Cuzco.²⁷ Fue “con su ce-

²⁴ Véase Peralta Barnuevo, *Descripción de las fiestas reales*.

²⁵ Peralta Barnuevo, *Lima fundada o la conquista del Perú*, s/n.

²⁶ Zamora, *Lenguaje, Authority and Indigenous*, p. 14.

²⁷ La *Primera parte* de la historia de Garcilaso, publicada en Lisboa, fue dedicada a la reina regente de Portugal. La segunda edición de la *Primera parte* (Madrid, 1723) agrega una dedicatoria de Nicolás Rodríguez al rey Felipe V.

lestial favor las fuertes armas de la noble España poniendo plus ultra en las columnas, y a las fuerzas de Hércules abrieron por mar y tierra puertas, y camino a la conquista y conservación de las opulentas provincias del Perú". Su favor celestial era necesario, ya que "las armas Peruanas [eran] mas dignas de loar que las Griegas, y Troyanas".²⁸ Los españoles tenían el ejército más grande que el mundo jamás hubiera visto porque estaba al servicio del gran emperador Carlos V, quien, al sagrado servicio del Rey de reyes, había "conquistado ambos mundos". El Inca Garcilaso da crédito a Pizarro por haber castigado a Atahualpa por sus indecibles crímenes de fratricidio y regicidio, "rescatando" así al "Imperio Peruano" de su ruinoso reinado de tiranía y devastación. La ejecución de Atahualpa por Pizarro en Cajamarca no es de ninguna manera un regicidio, sino la administración de justicia. La intervención de Pizarro hace posible la perpetuación del "trono peruano" en el legítimo *translatio* del trono del difunto Huayna Cápac, tras la ejecución del "tirano" Atahualpa, vía Manco Inca hacia el bondadoso y magnífico "emperador romano" Carlos V. De forma notable, la narración de la conquista por el Inca Garcilaso, vista como un traspaso providencial de la soberanía inca hacia Carlos V que, bajo los auspicios celestiales de la Virgen María, era ante todo un traspaso de la soberanía hacia Dios, se mantuvo vigente en Madrid hasta avanzada la década de 1780, cuando apareció en representaciones teatrales oficiales para los hijos del monarca Borbón.²⁹ Asimismo, la "imagen majestuosa" que había inspirado la famosa ilustración de Juan y Antonio Ulloa de 1748 sobre los "monarcas peruanos" también era garcilacista: aquella ilustración condensaba iconográficamente el "Libro de los Reyes" peruano, proveyendo de una arquitectura narrativa más profunda al arco republicano de Rivero, ya que en este Libro los "incas" habían sido peruanizados como reyes renacentistas. Así, el Libro peruano de los Reyes peruanos se prestaría al Libro peruano del Pueblo peruano. Sin embargo, el traspaso narrativo de la soberanía, de los reyes peruanos al pueblo peruano, no pudo imaginarse sin la ayuda de un sujeto mediador: el país.

EL NOMBRE PROPIO DE LA NATURALEZA:
LA INVENCION DEL PAÍS DE UNANUE

La narrativa dinástica garcilacista del reino alimentó la imaginación histórica peruana desde la publicación de los *Comentarios Reales de los incas* a principios del siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, a finales del siglo

²⁸ Garcilaso, *Segunda parte*, prólogo, ff. 2v-3.

²⁹ Cortés, *Atahualpa*.

XVIII, el proyecto borbónico y criollo de una restauración imperial ilustrada generó las condiciones para la emergencia del *país* en tanto objeto científico y sujeto histórico. Aunque los orígenes de la geografía histórica del “país” son antiguos (las influencias más frecuentemente citadas son Tácito y Heródoto), esta forma clásica de historización de “la tierra” y de su nombre cobró vigor bajo los auspicios dinásticos e imperiales durante el Renacimiento, inspirando, como hemos visto, la *Historia de España vindicada* de Peralta (1730). Sin embargo, el interés creciente entre los sabios españoles y criollos por la astronomía, la climatología, la geología, la antigüedad, la medicina y la historia natural del hombre, produjo un nuevo lenguaje del “país” para la historia peruana. Al igual que en otras regiones de Europa, la “Naturaleza” y “la gran cadena del Ser” eran conceptos clave, y las antiguas nociones platónicas y aristotélicas de armonía, plenitud y gradación fueron temporalizadas y transformadas en nociones científicas en el discurso histórico sobre el “país”.³⁰

Sin ser la única, la voz peruana más influyente de la historia natural ilustrada del país fue la del sabio criollo José Hipólito Unanue (1755-1833).³¹ Diferentes estudios han señalado la importante contribución que hizo el Barón von Humboldt a la elaboración y difusión de un icónico paisaje romántico-científico para la imaginación histórica americana,³² pero lo que suele dejarse de lado es que Unanue estableció firmemente las bases de un discurso imaginativo sobre la historia natural de la antigüedad peruana, sus climas y sus hombres, diez años antes que Humboldt llegase a las costas americanas. Y fue Unanue quien, en el caso del Perú, teorizó respecto del “don” particular de la imaginación americana, ardiendo bajo el sol ecuatorial y perfectamente preparado para autogobernarse con brillantez. Como pronto veremos, la historización o particularización universalista que hace Unanue sobre el *país* del Perú movió los cimientos del trono tambaleante del reino dinástico universal de “El Libro de los Reyes”, abonando el terreno epistemológico para la siembra de la historia republicana del Pueblo y la Patria.

Aunque Unanue era un consumado estadista que más tarde colaboraría como el primer ministro de Hacienda del Perú independiente bajo el protectorado de José de San Martín y del libertador y dictador Simón Bolívar, su

³⁰ Sobre el reinado de estos conceptos y su temporalización en el pensamiento europeo del siglo XVIII, véase Lovejoy, *The Great Chain of Being*, capítulos VI-IX.

³¹ Los escritos de historia natural de José Eusebio Llano Zapata también fueron destacables en este sentido, pero su trabajo no fue publicado. Aún más importante fue el mentor de Unanue, el científico naturalista Cosme Bueno. Bueno incorporó el estudio de las ciencias naturales y la geografía al plan de estudios de las universidades peruanas.

³² Entre los muchos trabajos sobre Humboldt, véase Cañizares-Esguerra, *Puritan Conquistadors* y Pratt, *Imperial Eyes*.

pensamiento histórico puede comprenderse mejor como “patriótico criollo” que como republicano o revolucionario. Unanue estuvo al servicio de los últimos virreyes del Perú, y su historicismo cortesano se basaba en el estudio de la Antigüedad y las ciencias naturales, así como en lo que Jorge Cañizares Esguerra ha llamado “epistemología patriótica criolla”.³³ Unanue fue un colaborador primordial del primer periódico histórico, literario y comercial del Perú, el *Mercurio Peruano* (1791-1794), considerado frecuentemente por los historiadores como el faro del pensamiento iluminista en Sudamérica. Algunos científicos sociales han citado al *Mercurio Peruano* como el periódico que desarrolla el nacionalismo criollo y la “esfera pública” peruana, pero en realidad se trataba de la publicación científica y comercial de una asociación llamada *Amantes del país*, dirigida a la élite iluminada cortesana, universitaria, clerical y mercantil, auspiciada por el virrey español en Lima.³⁴ Aunque el *Mercurio Peruano* probablemente no fuera un punto de origen significativo del nacionalismo republicano en el Perú, en sus páginas se registran ciertas pautas de un discurso histórico ilustrado, y en cierta forma estas pautas sentaron las bases poéticas de la historia republicana, haciendo posible que historiadores nacionales posteriores lo reconozcan como un predecesor de su propio discurso. En efecto, el primer estandarte de los editores del *Mercurio Peruano* no era periodístico, sino histórico y científico. El editor Jacinto Calero y Moreira declaraba en sus inicios que el propósito del periódico era rectificar el hecho preo- cupante de que

un reino como el Peruano, tan favorecido de la naturaleza en la benignidad del clima, y en la opulencia del Suelo, apenas ocupe un lugar muy reducido en el quadro del Universo, que nos trazan los Historiadores. El reparo de esta falta es el objeto primitivo del *Mercurio*... La Historia, no tomada por principios generales, o por relaciones desnudas de unos hechos tal vez alterados; sino contraída a la dilucidación, y conocimiento práctico de nuestros principales establecimientos: la Historia, digo, en estos términos, será la primera, que suministre materiales a mi Papel periódico.³⁵

³³ Cañizares Esguerra, *How to Write*. La epistemología patriótica en el siglo XVIII era un discurso histórico, que privilegiaba el testimonio directo y las producciones materiales o culturales (tradiciones orales en los lenguajes nativos, señales, elementos mnemotécnicos como los quipus, monumentos, costumbres, etc.) producidos por la nobleza nativa y los sabios por sobre la observación de los viajeros europeos no hispánicos y las reflexiones de los filósofos y naturalistas europeos.

³⁴ En 1791 el *Mercurio Peruano* era la voz de una sociedad académica inicialmente llamada *Sociedad Académica de Amantes de Lima*. Posteriormente cambió su nombre a *Amantes del País*.

³⁵ *Mercurio Peruano*, 2 de enero de 1791.

El amado “país y reino” imaginado y sostenido desde las páginas del *Mercurio Peruano* era considerablemente más grande que la aún inconcebible, indeseable y minúscula República del Perú de después de 1824, y los lectores o “público” eran escasos. En el *Mercurio Peruano*, “país” no es un sinónimo de la futura “nación” o del territorio del Perú. Por el contrario, el “país” incluye no sólo la expansión “natural” del Virreinato del Perú tal y como era en 1791, sino también, más como un sueño del retorno historicista, los gloriosos logros del “Gran Perú”, cuya verdadera manifestación histórica no era el Tawantinsuyu de los incas sino el aún más grande virreinato o “Reinos y Provincias del Perú”, que llegó a clamar para sí casi toda Sudamérica. Tras este *país* peruano imaginado como reino natural venía la patria de América o Nuevo Mundo. El giro histórico del *Mercurio Peruano* revelaba entonces una sensación de declive entre las élites limeñas y un deseo de recuperar, mediante estudios históricos, geográficos y estadísticos, el pasado glorioso del Virreinato del Perú de los siglos XVI y XVII. Como se lamentaba el editor del *Mercurio Peruano* en el primer número, “este grande Imperio, cuya fundación por los Incas queda envuelta en las tinieblas de un conjunto de fábulas y de una tradición incierta, ha perdido mucho de su grandeza local desde el tiempo en que se le desmembraron por la parte del Norte las Provincias que forman el Reyno de Quito, y sucesivamente las que al Este, constituyen el Virreynato de Buenos-Ayres”. Despejar las tinieblas y renovar la historiografía respondía entonces a una reindicación del desmembrado “Imperio Peruano”.

Lo que resulta más destacable en el discurso histórico del gran Perú de finales del siglo XVIII es que los conceptos de “país” y “patria” eran historizados separadamente, o al menos en adición a “nación”. En la década de 1790 y hasta que San Martín declaró la independencia en Lima (1821), el uso de “nación” o “nacional” entre los criollos peruanos hacía casi siempre referencia a la transatlántica “Nación española” de la cual formaban parte. “España” era la “madre patria”, mientras que “el Perú” (grande o pequeño) era el “país” y América la “patria”. Entonces, “país” y “patria” todavía no habían desplazado a “Madre patria” o “nación”, sino que se habían añadido a ésta como espacios científicos legítimos del discurso histórico. En muchas maneras, esto fue una consecuencia lógica y esperable de las reformas administrativas borbónicas, que buscaban realizar un trazado científico con el fin de explotar mejor los recursos naturales e históricos de sus dominios. La “Madre patria” no sería entonces desplazada hasta cerca de 1824, lo que explica en parte por qué la retórica de la guerra de la independencia del Perú solía enfrentar a la “patria” y sus revolucionarios “patriotas” contra la “nación” (hispano-americana) y su leal “Ejército Nacional”. La asociación revolucionaria de la “patria” con “nuestra historia” ya había sido anunciada en 1792, cuando el exiliado jesuita pe-

ruano Viscardo y Guzmán, al escribir sobre el tricentenario del primer viaje de Colón, proclamó que “el Nuevo Mundo es nuestra Patria, su historia es la nuestra”.³⁶ Sin embargo, la declaración americanista de Viscardo y Guzmán no era republicana, ni saludaba la llegada de una República del Perú poscolonial; por el contrario, reclamaba la antigua patria natural de la imaginación histórica criolla para la causa de la liberación del continente y, si esto no era posible, para una alianza con Gran Bretaña.

Como queda entonces claro, la línea del *Mercurio Peruano* era patriótica, pragmática y naturalista, en el sentido hispánico-criollo descrito por Cañizares-Esguerra, lo que significa que resultaba una fuente confiable de autoconocimiento y a la vez un espacio en donde se podía “defender al país” de las mentiras “extranjeras” o “europeas” (es decir, no hispánicas, ya que España era la parte materna de “la nación” y no era considerada parte íntegra de la moderna “Europa”). Su principal tarea era corregir los errores y distorsiones historiográficas y crónicas de viajes provenientes del noroeste europeo (principalmente Francia, Gran Bretaña y Holanda), diseminando en cambio un conocimiento histórico, práctico y verdadero del Perú.³⁷

El ensayo programático de Unanue, *Idea general de los monumentos del antiguo Perú e introducción a su estudio* apareció publicado en la edición del 17 de marzo de 1791 del *Mercurio Peruano*. La *Idea general* fue posteriormente desarrollada y complementada en un segundo artículo intitulado *Geografía física del Perú* el 5 de enero de 1792. Una década antes de la llegada de Humboldt al Perú, los ensayos de Unanue no sólo inauguraron el estudio histórico-científico de los “monumentos antiguos”, sino también una nueva imagen natural y estadística del Perú en tanto “país”, haciendo posible la “historia nacional” republicana, en la medida en que el *país* o la tierra es la página sobre la que se escribe la historia del pueblo. En *Idea general*, Unanue comienza con los lamentos del historiador por los archivos perdidos durante la conquista española, debido a la avaricia que llevó a los conquistadores a saquear las tumbas incaicas. Los “quipus” (sistema mnemotécnico de cuerdas y nudos de los incas) conservados en “los archivos de Cuzco, Cajamarca y Quito” han sido “reducidos a polvo”. Entonces, “se ve un observador obligado a recurrir al cotejo, o llamémosle interpretación, de los fragmentos y ruinas antiguas, para completar el imperfecto retrato que nos trazó Garcilaso de su antiguo imperio”.³⁸ Al igual que en Egipto, los restos de los grandes monumentos de los incas han sobrevivido a los estra-

³⁶ Viscardo y Guzmán, *Obras Completas*, p. 206.

³⁷ *Mercurio Peruano*, 2 de enero de 1791.

³⁸ José Hipólito Unanue, “Idea general de los monumentos del antiguo Perú”, en *Mercurio Peruano*, 17 de marzo de 1791.

gos del tiempo. Y en “el reconocimiento de las obras que erigieron por magnificencia, o por necesidad, ofrecen ciertamente una nueva luz capaz de esclarecer la oscuridad en que yace sumergida la parte histórica y civil de la Monarquía peruana, en todo el tiempo que precedió a su conquista”.³⁹

Resulta notable aquí la nueva identidad empírica del etnohistoriador o el estudioso de la antigüedad, visto como un “observador” que recurre a los restos materiales de la cultura porque la memoria es falible y los archivos (los quipus) se han perdido. Este “observador” es también un etnógrafo, ya que “las tradiciones y reliquias de sus antiguos usos y costumbres [...] aún permanecen entre los Indios modernos, que tenazmente conservan y rescatan sus antiguallas”.⁴⁰ Más destacable aún, para Unanue, es que entre estas costumbres se cuentan técnicas de irrigación, agricultura colectiva y tejido. Unanue observa cómo los pastores modernos utilizan todavía los primitivos quipus para mantener un recuento de sus tropeles, mientras que por las danzas, las canciones y, sobre todo, el idioma quechua, resulta posible “conjeturar el grado de civilización a que ascendieron, y aun la duración su imperio”. Unanue invita entonces a los lectores del *Mercurio Peruano* a unírsele “a subir hasta los tiempos heroicos del Perú”.⁴¹ Unanue es el primer etnohistoriador del Perú: utiliza la práctica todavía corriente de compaginar fragmentos de tempranos textos coloniales con “observaciones” de ruinas antiguas de antes de la conquista como si pudiesen ser leídos como testimonios o testamentos de verdad, “completándolos” luego con observaciones etnográficas. Constituye así en la imaginación científica una suerte de museo viviente indígena como fuente certera de conocimiento histórico, es decir, un interlocutor viviente para la interpretación de las ruinas, con un ojo clínico que le permite “completar” los registros “imperfectos” dejados por el Inca Garcilaso de la Vega y “los demás historiadores”.

En la segunda entrega de su ensayo en el *Mercurio Peruano* sobre el estudio moderno del antiguo Perú, Unanue inicia la historia del país con nombre propio (que luego será renovada y canonizada por Jorge Basadre). El concepto fundamental de esta historia es éste: sobre una Naturaleza sin tiempo llamada “Perú” (traducido en términos contemporáneos: una formación geológica y climática que, en realidad, no es más que un territorio político naturalizado) donde los monumentos incaicos han sido erigidos y se conservan.

El primer objeto que se presenta a la contemplación de un Filósofo en la Historia de los Monumentos del antiguo Perú, es el retrato de la organización y diver-

³⁹ Unanue, “Idea general”, *Mercurio Peruano*, 17 de marzo de 1791.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem.*

sas disposiciones de su vasto territorio. Destinada su pluma a rastrear en los despojos del tiempo y los humanos el grado de cultura a que ascendió aquella Nación famosa, que sin los auxilios del Egipcio, el Fenicio o ni el Griego supo establecer leyes sabias, y sobresalir bajo de ciertos aspectos en las Artes y las Ciencias; parece indispensable examine el suelo sobre que yacen las ruinas [... dado que] las calidades de las Regiones influyen en los espíritus que las pueblan, sin el conocimiento físico del Perú jamás podrían bosquejarse las eminentes ventajas de sus pasados, o presentes moradores.⁴²

La observación de Unanue está fijada en la tierra y sus habitantes de manera similar a la de Peralta que se fijaba en la España antigua, ya que la tierra revela las “calidades” del territorio, y éstas deben de ser interpretadas por el historiador como “ventajas eminentes” que “influyen” en sus habitantes pasados y presentes. No hay nada “científico” u observable allí, ya que Peralta pudo hacer lo mismo con una tierra distante a través de los textos eruditos de otros. Pero la poética de la visión ilustrada de Unanue penetra aún más profundamente hacia una “Naturaleza” sublime anterior a los monumentos y los hombres. Esta visión primigenia y geológica encuentra en la Naturaleza el nombre propio del Perú. En efecto, al dar un nombre a la tierra natural más allá del tiempo, Unanue encuentra la veta del oro, ya que el subsuelo rico e inagotable es la fundación mito poética sobre la que se erigen todos los “mapas nacionales”, “museos nacionales” y “monumentos nacionales”. Tras Unanue, el Perú se transforma en un país eterno o fuera del “tiempo”, el suelo sobre el que debe sostenerse la “historia peruana”.

En el instante en que nombramos al Perú, empiezan a desaparecer de nuestra vista sus Pueblos y Ciudades, y se aniquilan hasta los soberbios chapiteles de la opulenta Lima [...] Penetrando los oscuros siglos que ya dejaron de existir, en busca de los fragmentos de los edificios de los Incas para contemplar la historia de sus Monumentos; hemos venido a parar en aquellos días en que la huella humana no había surcado aun las arenas de esta Región afortunada, ni el brazo labrador sus fértiles campiñas. Solo aparece la Naturaleza, rodeada de un silencio misterioso.⁴³

Unanue presenta entonces descripciones científicas y emotivas de la gran diversidad de las regiones peruanas, argumentando que el Perú posee en su seno climas africanos, asiáticos y europeos, y se encuentra entre las tierras más bendecidas y universales del mundo. En efecto, el tema de la diversidad climá-

⁴² Unanue, “Geografía física del Perú”, *Mercurio Peruano*, 5 de enero de 1792.

⁴³ *Idem*.

tica o ecológica y la plenitud (gradientes altitudinales ecuatoriales) se convertirán en marca registrada del pensamiento histórico y antropológico del Perú (identificado hoy en día con John Murra), y aunque este tema ya había sido desarrollado con anterioridad por los historiadores españoles Acosta y Herrera, Unanue es fundacional en tanto su mirada es científica, sus análisis exactos, y su nombre “peruano”.

En *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, publicado por primera vez en 1805, Unanue satiriza las teorías europeas sobre estética, clasificación de razas, color de piel y un determinismo climático o medioambiental ignorante y provinciano. Esbozando una historia mundial alternativa del “ingenio”, Unanue elabora una ingeniosa teoría “fisiológica” de la percepción basada, irónica pero sorpresivamente, en teorías europeas (sobre todo en Leibniz y Montesquieu). Para Unanue, las capacidades especiales de percepción características de los nativos de la América circunecuatorial, hipersensibles y faltos de voluntad, tenían como efecto positivo paradójico el aguzar la imaginación, por el hecho fisiológico de que las imágenes de los objetos llegaban con más velocidad y fuerza a imprimirse en el hiperactivo sistema nervioso de los hombres que han nacido bajo “la influencia” del clima ecuatorial. Más precisamente, la crítica de Unanue del historicismo colonialista y las certezas raciales del noroeste europeo, combinados con su teoría tropical de la hiperpercepción, tenían claras implicaciones en el reciente revuelo de especulaciones históricas rodeando los orígenes de Manco Cápac.

Juzgando las afirmaciones del Inca Garcilaso de la Vega como fantásticas, eruditos prestigiosos del noroeste europeo como William Robertson, Guillaume Raynal y Alexander von Humboldt especularon que quizá Manco Cápac no hubiese sido “peruano” en absoluto. Como hemos visto, Ulloa había respondido a estas afirmaciones arriesgando que Manco Cápac debía de haber sido el “príncipe” de una pequeña “nación” cercana a Cuzco, pero la lógica de su explicación era dinástica. En el discurso histórico clásico, recuperado por historiadores del Renacimiento y del Neoclásico como el Inca Garcilaso y Peralta Barnuevo, todas las “civilizaciones” y “naciones” tenían un origen, y por ende sus fundadores, incluso si estos eran “míticos” o “fantásticos”. Los nombres de los antiguos fundadores se derivaban por lo general de mitologías y leyendas sobre “orígenes nacionales”, quedando sujetos a un análisis histórico y “poético”. Un brillante contemporáneo de Peralta Barnuevo, el napolitano Giambattista Vico (1668-1744), aparentemente desconocido de aquel aunque por un tiempo vasallo también del “Imperio Español” (por intermedio del reino de Aragón), argumentó en su *Nueva ciencia* que las “naciones” europeas u occidentales casi siempre habían sido fundadas por “héroes hercúleos”. Más aún, estos héroes gigantescos no eran necesariamente “hijos de la tierra”, es decir,

hombres de la nobleza local que, como nos explica Vico, responden al significado original del término “indígenas”. Como sostenía Peralta en su historia de España, “Hércules de Egipto” había fundado “Hispania” o “España” en tiempos antiguos, sentado las bases para la coronación de su primer rey nativo, apropiadamente llamado “Hispano”. La lectura “crítica” que hace Vico sobre la “poética” de los antiguos anales sugería que las “naciones” asiáticas o del este eran frecuentemente fundadas no por héroes hercúleos, sino por sabios “zo-roastrianos”. Entonces, por analogía, la historia clásica planteaba evidentes interrogantes derivados de sus formulaciones fundacionales Este-Oeste, y estos interrogantes parecían haber sido planteados por los historiadores peruanos: ¿Qué tipo de fundador había tenido la “nación peruana”? ¿Se trataba de un héroe occidental o de un sabio oriental? ¿O quizás ambos? ¿Había nacido en “el Perú” o se trataba de un viajero de otra tierra? Y si era extranjero, ¿de qué “civilización madre” provenía?

Influido por los eruditos orientalistas alemanes e ingleses del siglo XVIII, Humboldt, el prestigioso contemporáneo de Unanue, especulaba con que Manco Cápac y el lenguaje Quechua fuesen de origen oriental. Humboldt insinuó que Manco Cápac había traído las “leyes asiáticas” al Perú: benignas, bien adaptadas, pero despóticas. El barón destacó sus tesis orientalistas sobre los orígenes de los incas en este famoso pasaje:

Hombres barbudos y de tez más clara que la de los nativos de Anáhuac, de Cundinamarca o del altiplano de Cuzco, hicieron su aparición sin nada que indicase su lugar de nacimiento. Presentando su rango de sumos sacerdotes, de legisladores, de amigos de la paz y de las artes, que florecían bajo sus auspicios, provocaron un cambio repentino en la política de las naciones, que saludaron su llegada con veneración. Los sagrados nombres de estos seres misteriosos eran Quetzalcóatl, Bochica y Manco Cápac... La historia de estos legisladores, que he intentado develar en este trabajo, está repleta de milagros, ficciones religiosas y todos aquellos personajes que implican un significado alegórico. Algunos estudiosos han pretendido descubrir que aquellos extraños eran náufragos europeos... pero una simple reflexión respecto del periodo de las migraciones toltecas, de las instituciones religiosas, de los símbolos de culto, del calendario, y la forma de los monumentos de Cholula, Sagamozo y Cuzco, nos llevan a concluir que no fue en el norte de Europa donde fraguaron sus leyes Quetzalcóatl, Bochica y Manco Cápac. Todas las consideraciones nos llevan hacia el este de Asia, hacia aquellas naciones en contacto con los habitantes del Tíbet, con los tártaros chamánicos y con los ainus barbudos de las islas de Yezo y Sajalin.⁴⁴

⁴⁴ Humboldt, *Researches*, pp. 28-33.

Cañizares-Esguerra sugiere acertadamente que las hipótesis orientalistas del prusiano sobre el origen de los incas implicaron un desarrollo positivo en el discurso histórico americanista, no tanto por romper con la tradición renacentista de comparar a incas y aztecas con los romanos y los griegos,⁴⁵ sino porque constituían una crítica antropológica a las visiones despectivas de historiadores europeos altamente influyentes como Raynal, Robertson o De Pauw, los cuales consideraban a las diferentes culturas y climas americanos como inferiores a los europeos en prácticamente todos los aspectos. El influyente Raynal opinaba que Manco Cápac y Mama Ocllo eran “más blancos que los nativos” y que probablemente fuesen “descendientes de navegantes de Europa o las Islas Canarias, arrojados por una tormenta a las costas del Brasil”.⁴⁶ En una palabra, los incas, al igual que los criollos, eran blancos degenerados que reinaban sobre los primitivos nativos. Sin embargo, vista como derivada de las grandes civilizaciones del antiguo Oriente, la civilización americana quizás tuviese una consideración más favorable. Aunque constataremos que en el siglo XIX, los criollos peruanos criticarán e incluso despreciarán la teoría orientalista de Humboldt de la interpretación de los orígenes de la civilización americana.⁴⁷ Unanue fue el primero.

Aunque ambos se conocieron brevemente en Lima, Unanue no comparó la visión de Humboldt sobre la cuestión de los orígenes. Manco Cápac era “peruano” por razones que tenían que ver con la influencia del clima ecuatorial en el sistema nervioso de los seres humanos.

A los que nacen en este Nuevo-Mundo ha tocado el privilegio de ejercer con superioridad la imaginación, y descubrir cuanto depende de la comparación. Yo por imaginación no entiendo aquellas fuertes y tumultuosas impresiones excitadas sobre nuestros órganos por objetos análogos, u opuestos a nuestras pasiones, y en los que grabadas profundamente recurren perpetua e involuntariamente, casi forzándonos a obrar como a los brutos, sin deliberación, ni reflexión. Entiendo el poder de percibir con rapidez las imágenes de los objetos, sus relaciones y cualidades, de donde nace la facilidad de compararlos, y exprimirlos con energía. Por este medio se iluminan nuestros pensamientos, las sensaciones de engrandecen, y se pintan con vigor los sentimientos. De aquí esta elocuencia asombrosa con que

⁴⁵ Esto es cierto sólo en parte: Humboldt ubicó a los aztecas orientales en paisajes o escenarios románticos, con figuras de la mitología grecorromana. La imaginación orientalista siempre giraba en torno de imágenes, críticas y proyecciones de la cultura europea, y Humboldt no era una excepción a esta tendencia.

⁴⁶ Raynal, *Histoire philosophique et politique*, pp. 19-20.

⁴⁷ Para una crítica devastadora de la visión orientalista de Humboldt sobre los indios del Perú, véase Manuel Olaguer Feliú, “Discurso del señor Feliú en que hace la apología de los indios contra las imputaciones del varón de Humboldt”, en *Noticias del Perú*, tomo 8, p. 83 (1811).

suelen explicarse los salvajes de América: las comparaciones naturales, pero fuertes de sus discursos, y la viveza en sus sentimientos. Después que hemos oído algunas de las arengas de los guerreros de Arauco, estamos persuadidos que Colocolo no fue menos digno del razonamiento de Ercilla, que Néstor del de Homero... De aquella misma preciosa fuente nace la destreza y pericia en la escultura y pintura, sin mas enseñanza que su genio. En este modo de expresar nuestras imágenes e ideas, hay en México, Quito, y el Cuzco una multitud de artistas capaces de competir con los más provecos de Europa, y también de superarlos, si tuvieran la instrucción que estos reciben. Aquí en Lima, en el Colegio del Príncipe, suelen verse muchachos indios aprendiendo a leer, que con un lápiz copian las estampas de Klauver tan perfectamente, que es difícil descubrir un rasgo de diferencia. Me persuado que la imaginación, este precioso don de la naturaleza difundido en América, brilla en especial en los lugares circunvecinos al Ecuador. Pocos legisladores ha habido, dice un escritor que pudiesen como Manco-Cápac percibir las inclinaciones de sus vasallos, compararlas con sus necesidades, y convertirlas en su propio provecho, por constituciones llenas de sagacidad y benevolencia.⁴⁸

La ley de Manco Cápac no era sin embargo una extensión del despotismo oriental, sino el producto de la aguda imaginación y la razón comparativa de un “legislador” nativo. Más aún, Oriente y África del Norte, y no Grecia, fueron los orígenes de la belleza y la civilización occidentales, y estos dones culturales habían llegado al Perú por intermedio de España.

LA DEFENSA REPUBLICANA DE LA ANTIGUA “CIVILIZACIÓN PERUANA”

La defensa patriótica y criollista de Unanue y su sutil crítica a las tesis orientalistas y occidentalistas europeas sobre los orígenes de los incas encontrarán un eco resonante en el Perú republicano y poscolonial. Como ha demostrado Cañizares-Esguerra para la Hispanoamérica del siglo XVIII, los grandes monumentos ofrecían a los estudiosos de la antigüedad americana un terreno firme de crítica sobre el cual defender a la “civilización americana”, y así atacar las visiones con frecuencia desdeñosas de historiadores filosóficos europeos como Amedée François Frezier, Raynal y Robertson, cada uno de los cuales negaba o menospreciaba la existencia de estructuras arquitecturales significativas, es decir, restos de alguna civilización desarrollada en el antiguo Perú.⁴⁹ Sin embargo, era inevi-

⁴⁸ Unanue, *Observaciones sobre el clima*, pp. 97-99.

⁴⁹ Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, pp. 256-257.

table que la nueva crítica arqueológica y naturalista también se dirigiese contra “nuestro” Inca Garcilaso de la Vega.⁵⁰ Para Rivero, Lorente y otros eruditos de su generación posterior a la colonia, el Inca Garcilaso no había sido lo suficientemente severo. Retomando la opinión del explorador francés del siglo XVIII Charles-Marie de la Condamine, Rivero señalaba que el Inca Garcilaso se había dejado llevar demasiado seguido por un cegador y excesivo “amor patrio”.⁵¹ Los cronistas españoles podían ser incluso peores, por lo que una ofensiva confusión o conflicto de intereses contaminaba al “observador” moderno. El “examen crítico” de monumentos, artefactos y restos óseos, las investigaciones lingüísticas y la relectura crítica de las crónicas podrían eventualmente enderezar las cosas.⁵²

Así, en el siglo XIX, la región del lago Titicaca, y más precisamente Tiahuanaco y su Puerta del Sol, se convirtieron en la Meca de los Andes para los sabios viajeros, románticos y científicos en busca de los orígenes de la “civilización peruana” y su fundador mítico, Manco Cápac. Los había guiado hacia allí el libro de la época de la conquista *Crónica del Perú* (1575), de Pedro Cieza de León. En *Vue des Cordillères*, Humboldt proponía al visitante avisado “recorrer los bordes del lago Titicaca, en el distrito del Callao, y los altiplanos de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilización americana”,⁵³ para verificar la crónica de Cieza. Leonce Angrand, Alcide d’Orbigny, Jacob von Tschudi y Ephraim George Squier se cuentan entre aquellos que respondieron al reto de Humboldt. Cada uno de estos exploradores publicó relatos de viaje o informes científicos, con dibujos de las ruinas. Squier parece haber sido el primero en sacar fotografías, que sirvieron de base a los dibujos de la Puerta del Sol que figuran en su *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas* (1877) (Ilustración 3). La fotografía de Squier registra el “ojo imperial” de la “vanguardia capitalista” durante los más escépticos finales del siglo XIX, cuando los generosos frontispicios como los de Rivero y Tschudi estaban fuera de moda.⁵⁴ La Puerta del Sol de Squier lleva también la marca del discurso

⁵⁰ Había excepciones. En *Las tres épocas del Perú, o compendio de su historia* (pp. 1-2), el secretario e historiador peruano José María de Córdova y Urrutia exclama indignado: “esto ha llegado al extremo de privarnos de la gloria de que Manco-Cápac hubiese nacido en el país, persuadiendo vinieron de afuera!”. El patriota peruano descreía de la influyente versión de Alexander von Humboldt según la cual las leyes y creencias religiosas de Manco Cápac eran de carácter “asiático”, y le parecía absurda la afirmación del anticuario británico John Ranking de que Manco era el “hijo perdido del gran Kublai Kahn”. En cambio, Córdova y Urrutia vuelve a la máxima autoridad peruana, el Inca Garcilaso, quien citaba una tradición oral incaica como prueba de que Manco Cápac y Mama Ocllo “salieron de una isleta de la laguna de Titicaca”.

⁵¹ Condamine, *Rélation abrégée*.

⁵² Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, vol. 1, p. 210.

⁵³ Humboldt, *Vue des Cordillères*, p. 199.

⁵⁴ Pratt, *Imperial Eyes*.

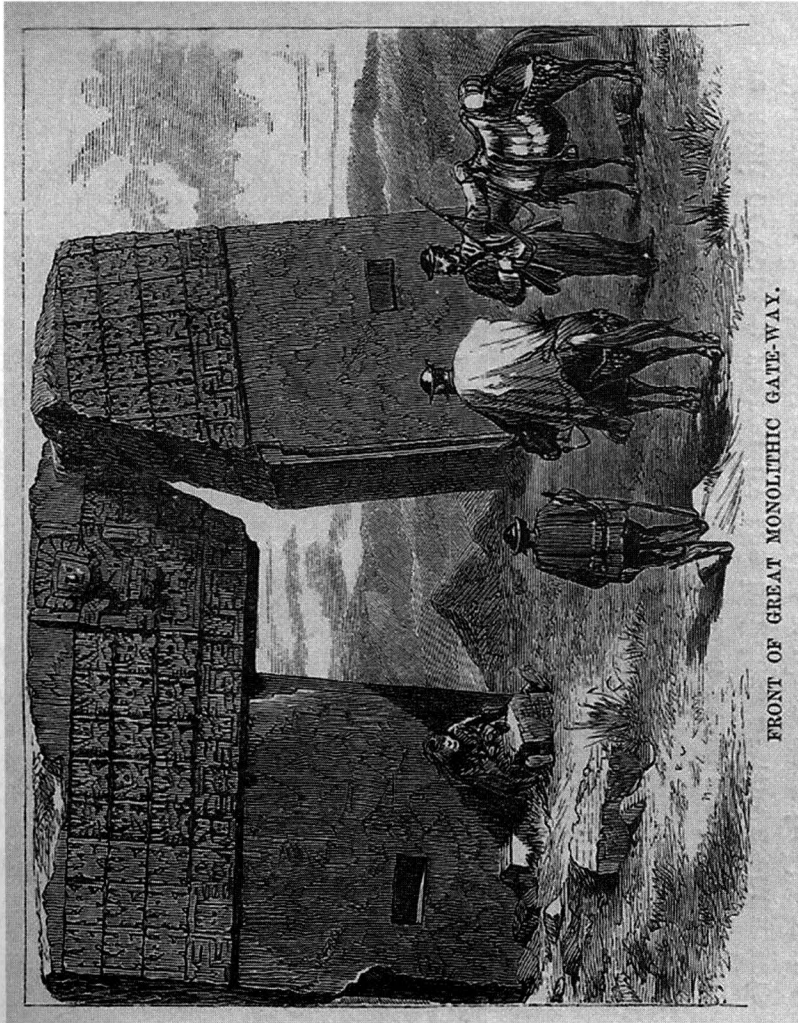


Ilustración 3

colonial en la figura del indígena encorvado a la base de la “Gran Puerta Monolítica”. Este tipo de discurso difiere sin embargo del inscrito por Rivero en su “generoso” arco republicano. En este caso, el indígena ya no viene a representar a “nuestros” incas, sino que está configurado como un sigiloso “espía de nuestros actos” que protege los artefactos contra el robo de anticuarios extranjeros como Squier, pero cuya presencia también “autentifica” la experiencia de Squier en tanto viajero en un mundo exótico. Aquel indígena no es una fuente de información etnográfica, sino el signo de las tradiciones coloniales de revueltas indígenas (la insurrección de Tupac Amaru), y representa al campesino supersticioso que obstaculiza la acumulación de las colecciones de los anticuarios.⁵⁵ Squier había sido un estudiante ambicioso del historiador yanqui William Prescott, y fue el autor de importantes libros sobre los túmulos indígenas del Misisipi y sobre antigüedades nicaragüenses. Para Squier, Tiahuanaco era nada menos que “la Baalbek del Nuevo Mundo”.⁵⁶ Claro que Baalbek era fenicia, lo que sugería orígenes extranjeros y preincaicos.

Muchos eruditos sospecharon que Tiahuanaco había sido el centro de una civilización preincaica muy antigua, que quizás estuviese en el origen del nacimiento de la dinastía inca y su culto del sol. La Puerta del Sol misma fue considerada como un antiguo monumento de este culto, ya que tenía inscripciones que representaban lo que parecía ser una deidad solar con bastones de serpientes en cada mano y flanqueada por dos figuras en forma de cóndor. El trabajo en la piedra era monumental y en más de un sentido superior a la mampostería de los incas en Cuzco. Tumbas cercanas contenían algunos restos funerarios, que en parte fueron excavados y examinados. Otorgándole confirmación dinástica a una sospecha arqueológica, el Inca Garcilaso había argumentado que los testimonios nativos de la nobleza local indicaban que Manco Cápac provenía de estas regiones. ¿Pero eran verificables las afirmaciones del Inca Garcilaso? Prestigiosos viajeros filósofos, científicos naturalistas e historiadores, como Walter Raleigh, Raynal, Humboldt, John Ranking, Prescott o d’Orbigny, todos habían cuestionado las credenciales “peruanas” de Manco Cápac.

Para el muy influyente William Prescott, Manco Cápac fue simplemente “el producto de la imaginación vana de los monarcas peruanos”. Prescott había señalado que no le interesaban los orígenes de esta “raza superior”, puesto que aquello era asunto de “anticuarios especuladores”, y no de verdaderos historiadores. Aunque el historiador yanqui nunca visitó Cuzco, y de haberlo hecho no lo hubiese visto (era ciego), Prescott no pudo evitar especular respec-

⁵⁵ Para una discusión más extensa sobre Squier y la Puerta del Sol, véase Thurner, “Peruvian Genealogies”, pp. 141-175.

⁵⁶ Baalbek, o Heliópolis, era una antigua ciudad fenicia.

to de que los vestigios de Sacsahuamán y Cuzco eran una prueba material del “despotismo de los incas”. Al final, sin embargo, para el historiador yanqui los orígenes incas deben encontrarse en “una tierra de oscuridad más allá del dominio de la historia”.⁵⁷ No obstante, los lectores de Prescott en el Perú republicano tomaron muy en serio a esta “tierra de oscuridad”. Esa tierra caía dentro del campo óptico de la historia nacional, y sin duda fue indispensable para su elaboración definitiva. Por eso Lorente escribe, muy republicanamente, en una aparente referencia a Prescott:

podiera inferirse de todo esto que los antiguos tiempos del Perú en parte tenebrosos y en parte fabulosos están fuera del dominio de la historia. Más aún entre las nubes de la primera época, cuando la tradición enmudece, y los quipos no existen, se vislumbra la civilización primitiva en las tumbas, en las ruinas y en el suelo; y la cultura de los Incas, que se revela por todos estos medios, pudo ser también contemplada por el observador europeo, cuando estaba en todo su vigor y aun puede estudiarse en los monumentos esparcidos por todo el país, y en las costumbres que dominan la vida de los indios; el idioma mismo hace revelaciones importantes sobre toda la antigüedad. No podemos por lo tanto renunciar a una historia tan instructiva como interesante que presenta al Perú bello, rico y grande en el tiempo como lo es en el espacio; ni mirar con desdén altas glorias, origen de la prosperidad actual y garantía de la grandeza futura; como nunca se han mirado con indiferencia los primeros tiempos de Grecia y de Roma que la imaginación pobló de fábulas, y en que la historia apenas puede desprenderse de las tinieblas. Por eso, si bien presentida mas conocida la grandeza del Perú, y perdida hasta ayer su existencia en la de la metrópoli, no había ni los vivos deseos ni la conciencia clara, que multiplican las historias de las grandes naciones independientes.⁵⁸

En total oposición al desdén positivista de Prescott para los orígenes “oscuros”, el Manco Cápac de Lorente llevaba la luz brillante del “espíritu nacional”. El relato de Lorente difiere sin embargo también de la historia del Inca Garcilaso, donde Manco Cápac es el héroe-rey sin precedentes que funda la civilización peruana. En la historia republicana e “independiente” de Lorente, Manco Cápac no es dinástico, sino un “reformador” iluminado e imbuido con el espíritu nacional.⁵⁹ Esta visión ingeniosa y revisionista de Manco Cápac se inspiraba en la “epistemología patriótica” criolla de Unanue.⁶⁰ Forma-

⁵⁷ Prescott, *History of the Conquest of Peru*, p. 14.

⁵⁸ Lorente, *Historia antigua del Perú*, pp. 15-16.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 130-133.

⁶⁰ En *How to Write the History of the New World*, Cañizares Esguerra explica que los adhe-

do en la medicina moderna, Lorente no compartía la teoría de Unanue sobre la imaginación sensorial tropical, aunque su argumento de que Manco Cápac debe de haber sido peruano está inspirado en una aprehensión y una identificación con el “espíritu nacional”. La visión histórica de Lorente era también menos melancólica que la de Rivero. La posición de Lorente sobre la identidad de Manco Cápac estaba clara:

El origen de Manco [Cápac] no será dudoso para el que con animo imparcial interroge la historia. El hombre que tan perfectamente conocía los lugares, y las personas, que tan penetrado estaba del espíritu nacional, y que con tal sabiduría amalgamó los elementos de la civilización anterior, nació sin duda en el Perú. Su obra lleva el sello de la raza nacional, y el del país; es la expresión de su época, tal como la podía comprender un hombre de genio.⁶¹

Para sostener su lectura de Manco Cápac, Lorente recurrió, al igual que lo habían hecho los criollos del siglo XVIII, a formas de memoria nativas no literarias y al testimonio oral inca registrado en los primeros informes españoles. Lorente no trata estas referencias como simples “fábulas”, sino como evidencia cultural. De esta manera, “la nacionalidad de Manco [Cápac], que se deduce de razones tan concluyentes, y que hasta cierto punto se revela en todas las tradiciones, se prueba también por testimonios directos. Los quipocamayos de Pacaritambo, donde principió según todas las apariencias la misión del primer Inca, le suponían engendrado allí por un rayo del sol”. Aunque para Lorente, Manco Cápac no era un monarca sino “solo un reformador de instituciones”, este hecho no reduce su gloria. En realidad, la grandeza de Manco Cápac reside en el “ingenio” y “espíritu comunal” de la primitiva civilización peruana antes de los Incas. “Porque Manco halló al Perú preparado para recibir sus benéficas instituciones [...] no perderá nada su merecido renombre [...] Nadie podrá disputarle la incomparable gloria de los grandes bienhechores de la hu-

rentes a esta escuela patriótica suelen considerar a Manco Cápac como el más sagaz de los “legisladores”, precisamente porque sus “leyes” estaban bien adaptadas al clima “enervante” y las costumbres “indolentes” de la parte tropical de América del Sur. Estos argumentos eran desarrollados por las élites coloniales para justificar el mantenimiento de formas tributarias de trabajos forzados, como la *mita* y el *repartimiento de mercancías*. Los oficiales argumentaban que, sin aquellos benévolos sistemas de coerción, los indolentes y estúpidos indios comunes retornarían a su estado primitivo de barbarismo. Sin embargo, hemos visto que la supuesta necesidad de producción compulsiva bajo las condiciones del antiguo régimen no era la única razón para venerar a Manco Cápac. El héroe cultural de los orígenes incas era un icono de la patria en la batalla historiográfica sobre los orígenes de la “civilización peruana”.

⁶¹ Lorente, *Historia antigua del Perú*, p. 130.

manidad, y la de los grandes legisladores [...] la gloria sobre todo de haber asegurado para siempre la unidad del Perú, base de su futura grandeza".⁶²

La descripción que hace Lorente de Manco Cápac como un "reformador" y unificador ilustrado más que como el fundador de una dinastía o un rey inca vino a abonar el suelo arado por Unanue. Los Incas del Libro de los Reyes encontraron en su historia una antigua tumba nacional, una buena muerte ceremonial en la sucesión republicana. La "civilización peruana" ya no era la invención de algún monarca, sino la larga historia de la más elevada y natural expresión del alma y del "espíritu nacional" del pueblo peruano, construyendo una civilización en su tierra de origen, restaurándola en el territorio de los incas luego de la conquista española, añadiendo nuevos elementos para de ese modo entrar en la modernidad sin tener que pasar a través del lamentable feudalismo de la "Edad Media" europea. Aunque la "clara idea de la Nación" se encontraba oscurecida por el imperio extranjero, su "nombre primitivo" no había sido borrado por la conquista. El germen providencial de "la nueva nación" fue sembrada en la "riqueza imperecedera del país" y en la "cultura de los incas". El nombre de la civilización peruana se mantuvo a través de todos estos cambios, como las "monadas" neoplatónicas de Leibniz. La arquitectura patriótica de la historia republicana ahora se elevaba sobre el majestuoso edificio del Libro de los Reyes, y era el deber histórico de Lorente elaborarla como una genealogía conmovedora de la civilización nacional. En el cincuenta aniversario de la independencia del Perú, Lorente publicaría diversas crónicas "para el uso de los colegios y las personas ilustradas", y en una de ellas escribiría que ahora, al igual que en el pasado, "la grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura anuncian siempre a la república un glorioso porvenir".⁶³

ILUMINAR EL PORVENIR ANTIGUO:
LA GRAN TAREA HISTORICISTA DE LORENTE

La tarea de Lorente sería la de iluminar los rincones oscuros de la historia nacional con una luz filosófica y con una pluma viva y amena, formando así una visión "armoniosa" de la totalidad de la historia de la civilización peruana a fin de promover la realización republicana de su antiguo destino: la perfecta armonía social y espiritual del hombre. El hecho literario es que esta "armonía" descansaba sobre la repetición del nombre propio "peruano" en todas las esfe-

⁶² *Ibid.*, pp. 132-133.

⁶³ Lorente, *Compendio de historia contemporánea*, p. 238.

ras y tiempos de la historia. En la introducción a su *Historia Antigua del Perú* (1860), Lorente explicó:

decidido yo a escribir la historia del Perú que ha llegado a ser mi estudio constante por muchos años, no he podido desconocer el interés de tan importante periodo; olvidado el cual la civilización nacional habría sido para mí un enigma indecifrible, por no haberla tomado desde sus primeros orígenes. Deseando abrazar la vida del Perú en su evolución progresiva; darme razón de los hechos, ligándolos a sus causas y a sus consecuencias, y presentar a los demás una idea clara del conjunto, una imagen viva de los grandes sucesos, y una enseñanza práctica; claro es que no podía comprender la situación de la república sin haber estudiado la época colonial, el coloniaje sin el estudio de la conquista, la conquista echando en olvido el imperio de los incas, y el imperio, si desconocía la cultura primitiva.⁶⁴

Y luego añade:

Como deseo que el Perú sea mejor conocido para que con este conocimiento sea más apreciado de propios y extraños, y para que el sentimiento de la patria y la idea de nacionalidad, corazón e inteligencia de los pueblos, se fortifiquen y esclarezcan con el espectáculo de una existencia continuada con bienestar y gloria por muchos siglos; me propongo escribir la historia antigua del Perú con la menor imperfección que me permitan mi corto talento y la oscuridad que rodea aquel periodo [...] Por lo demás yo no necesito probar que desearía hablar a la imaginación, al corazón y al espíritu, unir el arte de la exposición a la ciencia de los hechos y a la inteligencia filosófica de la civilización, y acercarme en lo posible al ideal de la historia tal como hoy se concibe y como la han escrito los grandes maestros.⁶⁵

El deseo de desenmarañar el enigma del Perú y ofrecer sus “lecciones prácticas” lleva entonces a Lorente a una investigación cada vez más profunda del “desarrollo nacional”. Esta búsqueda a través de los tiempos trajo a la vista los “elementos permanentes y armoniosos” de la civilización peruana. Estos elementos forman la estructura narrativa de su historia, creando un efecto de mimesis entre “las cosas” o hechos descritos y “las palabras” o el relato. Descansa en este efecto literario “la verdad” de la historia peruana. La profundidad y la longevidad de la historia genealógica o mimética de la civilización peruana de Lorente descansarán precisamente en su armonía poética, en el sonido común o resonancia verídica entre “el Perú” (la patria, el país, el sujeto madre y

⁶⁴ Lorente, *Historia Antigua del Perú*, pp. 9-10.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 18.

soberano) y “los peruanos” (el pueblo sujeto y soberano). En efecto, para Lorente la tarea del historiador era conseguir este efecto mimético en el relato como una “forma de verdad”. Así, Lorente insiste en que “lo que el historiador de la cultura peruana no debe perder nunca de vista es la armonía entre todos los elementos civilizadores; el todo orgánico, que constituye la civilización, ha de reaparecer distintamente en el conjunto armonioso de su historia escrita.”⁶⁶ Esta “armonía” sigue reapareciendo hoy en todas partes, formando ya el sentido común de los peruanos.

Historia de la civilización peruana (1879) fue el logro máximo de Lorente. Hoy completamente olvidada, esta concisa historia cristaliza su obra y anticipa muchas de las principales preocupaciones del pensamiento social peruano del siglo XX. La tesis del libro es que el elemento permanente de la civilización peruana antigua y moderna es un “espíritu comunal” constante, aunque flexible y por lo tanto reformable. Esta *Volksgeist* andina es anterior y más duradera que el Estado inca. Orquestado por el “reformador” Manco Cápac a gran escala y sin violencia, y consolidado por los monarcas incas que centralizaron su ley, el “espíritu comunal” del Perú había conseguido lo que sólo la Esparta antigua había logrado (aunque en una escala mucho más pequeña), y que los comunistas nunca pudieron reproducir, ya que, a ojos de Lorente, el comunismo a gran escala había sido relegado por la historia al rol marginal de una “utopía peligrosa”.⁶⁷ En el Perú antiguo, sin embargo, aquella cosa no era utópica sino real, puesto que lograba un equilibrio entre “el espíritu de Oriente” y “el espíritu de Occidente”. Era precisamente el “espíritu comunal” y la arquitectura comunista de base del Estado inca lo que distinguía a la antigua civilización peruana de los estados orientales “más despóticos” y del extinto ejemplo de Esparta.

¿Por qué esta singular estructura estatal basada en el “espíritu comunal” no consiguió perpetuarse en el Perú? “El socialismo en la escala más vasta [...] no podía durar, porque contrariando los más poderosos sentimientos de libertad, propiedad y familia debía debilitarse y corromperse a medida que se extendiera, y de continuo estuvo expuesto a una destrucción súbita, porque la jerarquía social dejaba el destino de todos pendiente de una sola cabeza”.⁶⁸ El problema era que “los intereses de la Patria se confundían con los de la autoridad”.⁶⁹ Su extensión excesiva y su estructura monárquica demasiado centralizada condenaron al socialismo inca al basurero de la historia. El “espíritu comunal” de Lorente debía entonces distinguirse de la “monarquía” de los incas.

⁶⁶ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 21.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁶⁸ Lorente, *Historia del Perú compendiada*, p. 23.

⁶⁹ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 4.

Aquí Lorente se aparta de Humboldt y Prescott, asignando a los peruanos un “espíritu” más profundo y generoso, uno que no sea “un obstáculo” para el progreso. Es anterior, más autóctono y más duradero que el reinado centralizador de los incas o las dinastías españolas.

En síntesis, las comunidades locales eran los cimientos sobre los cuales se construía el Estado en todas las épocas de la historia del Perú. Es por ello que las comunidades del Perú sobrevivieron a la caída de la dinastía inca, y sin duda más allá de la derrota de la dinastía española en manos de las fuerzas patrióticas que fundaron la República.⁷⁰ Aun así, las comunidades, en su forma tradicional, no podían ser las bases de la nueva nación del Perú contemporáneo. Esto se debía a la extendida red de parentesco que estructuraba internamente las comunidades, y que “violentaba el corazón humano”. Los “sentimientos comunistas” basados en el parentesco de las comunidades inhibían el desarrollo de la “intimidad” en la familia, la igualdad de sexos, haciendo imposible la “deliciosa abnegación” en el espacio cívico. Puesto que la familia nuclear o monogámica era la base fraternal de una nación bien construida, la familia extendida o la estructura de parentesco en la comunidad o ayllu representaban un obstáculo a la completa realización de la fraternidad y la libertad.⁷¹ Sin embargo, esta estructura basada en el parentesco no era lo único en juego en el “espíritu comunal” del Perú. Algunos aspectos positivos de ese espíritu sobrevivirían para servir de ladrillos en la construcción de la futura nación democrática. Lorente había observado ese productivo “espíritu comunal” en el Valle del Mantaro en la década de 1850, y pudo comprender de primera mano tanto sus límites como su gran potencialidad para transformarse en verdaderas prácticas republicanas.

LA HISTORIA “BAJO...” O EL NOMBRE DEL PROGRESO

Lorente argumentaba que la “civilización peruana” presentaba una historia singular de “desarrollo nacional” que apuntaba hacia un destino providencial o universal: la plena libertad del hombre. “Bajo” las dinastías inca, austriaca y borbónica, el Perú abrigaba un antiguo “espíritu comunal” que podía servir de guía hacia el porvenir. En efecto, la historia republicana de Lorente desbancaaba sutilmente al sujeto real-aristocrático de la historia imperial o del “Libro de los Reyes”. Lo que distingue a la filosofía republicana de la historia de Lorente, por ejemplo, de la “epistemología patriótica” de los historiadores criollos

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 153-154.

⁷¹ *Idem*

del siglo XVIII es la centralidad del sujeto invariable “civilización peruana” *bajo* tal o cual dinastía. Cañizares-Esguerra señala que, de acuerdo con las normas renacentistas y barrocas de la evidencia, el discurso histórico criollo de la “epistemología patriótica” casi siempre privilegiaba las informaciones provenientes de la aristocracia nativa, desautorizando con facilidad las opiniones del vulgo. Como resultado de ello, la epistemología patriótica colonial, a pesar de su patriotismo americano, seguía debatiéndose en las estructuras de la historia dinástica imperial. En una palabra, Lorente construye la primera historia del Perú “desde abajo”, o más precisamente, “bajo las dinastías”. Porque lo que atrajo la imaginación histórica republicana de Lorente fue la “civilización primitiva” en su “movimiento general”. En ese movimiento, los monarcas podían ser los instrumentos de la unidad y el orden, así como los elementos organizadores de la narración histórica. En la larga evolución o progreso “genético” de la civilización del pueblo, las dinastías “ultramarinas” de los Borbones o los Habsburgo eran figuras impuestas pero finalmente pasajeras; ellas afianzaban o estorbaban el movimiento de la civilización, pero no eran su “alma” perdurable y luminosa.

¿Cuál era la historia de la civilización peruana “bajo” las dinastías ultramarinas y cómo escribirla? La “historia antigua” del Perú se había encontrado de repente con la “vanguardia de Europa”. El resultado universal del acontecimiento de la conquista, destructivo pero finalmente creador, fue el nacimiento de la era moderna. En el Perú, la “Historia Moderna” estuvo marcada por una “sujeción colonial” que “hacía perder el sentimiento de la existencia nacional. Colocado el poder central al otro lado de los mares no era dado a la nación tener la idea clara de sus necesidades, ni de sus recursos”. Por otro, “la Providencia [...] jamás borra unos nombres del libro de la vida, sino para escribir otros”.⁷² Aunque la “idea clara de la Nación” se encontraba opacada, aquello no significaba que su “nombre primitivo” había sido borrado. El palimpsesto histórico de la Providencia se aseguraría de ello, porque “al desaparecer el Imperio de los Incas hacía germinar las semillas de una nueva nación”. En efecto, “los mismos principios que habían dado origen a la conquista, debían producir la independencia de la colonia”, ya que “ninguna fuerza de la tierra era bastante [par]a ahogar los gérmenes de progreso: la cultura de los Incas, el cristianismo y la influencia española, quedaron en el Perú junto con la grandeza imperecedera del país para reparar los estragos que siguieron a la caída del Imperio” incaico.⁷³ No sólo había “progreso” en el Perú colonial moderno: “el Virreinato daba a los Peruanos una influencia más extensa y más glo-

⁷² Lorente, *Historia de la Conquista del Perú*, p. 494.

⁷³ *Ibid.*, pp. 494-495.

riosa que la dominación de los Incas, y bajo las apariencias uniformes de la inmovilidad ocultaba un progreso variado”.⁷⁴ La Lima virreinal, centro del poder peruano colonial, “contribuyó [...] a formar las nuevas sociedades, con las que la emancipación había de establecer siete Repúblicas hispano-americanas y uno de los estados de la federación colombiana”.⁷⁵ En el fondo, el nombre primitivo de la civilización peruana seguía vivo como la mónada neoplatónica de Leibniz, cuya obra filosófica junto con la de Kant, ejerció una gran influencia en Lorente. Para Lorente, entonces, el “progreso” no es una fuerza foránea importada de la Europa moderna sino la renovación histórica del “nombre primitivo” del Perú en “la nueva nación” peruana germinada por la cultura virreinal tras la conquista. El lenguaje del “progreso” de Lorente es historicista en el sentido de Leibniz y Herder descrito por Friedrich Meinecke: una fuerza de autocrecimiento y renovación filogenético que se extiende al reino espiritual, donde el “progreso” está grabado en un “germen” o “nombre” preformado.⁷⁶

Al igual que sus contemporáneos Jules Michelet y Leopoldo von Ranke, y como ellos inspirado en la filosofía y lenguaje de Vico y Herder, a Lorente le repugna el “espíritu sistemático” de la Iluminación francesa a la Voltaire, con su escepticismo destructor y su alienante ironía, pero está dispuesto a utilizar algunos de sus probados instrumentos metodológicos.⁷⁷ La historia de las civilizaciones debía estar basada en sólidas evidencias, pero debía también ser amena, concisa y brillante como la carrera de la humanidad misma y puesta a su servicio. “Bástale para sus altos fines, que los hechos estén perfectamente determinados y atribuidos a sus verdaderas causas”.⁷⁸

Lorente creyó profundamente en el poder luminoso de la narración limpia de los hechos y movimientos de la historia. La narración histórica debe desembarazarse

de cuanto entorpecería su marcha o la haría menos sencilla y metódica, evita[n-do] las digresiones que tocan en la anécdota, todo adorno postizo y sobre todo las largas reflexiones. Yo creo que debo sugerirlas al lector, no trasmitírselas; que los hechos hablen por sí mismos y la historia suministre sus elocuentes enseñanzas con sólo el auxilio del sentido común, sin pedir las prestadas a la filosofía, que puesta en lugar de la narración la hace siempre sospechosa, de un sentido parcial y de aplicaciones más limitadas.⁷⁹

⁷⁴ *Ibid.*, p. 498.

⁷⁵ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 4-5.

⁷⁶ Véase Meinecke, *Génesis del Historicismo*.

⁷⁷ Sobre Michelet y Ranke, véase White 1973.

⁷⁸ Lorente, *Historia antigua del Perú*, p. 20.

⁷⁹ *Idem*.

Así, Lorente se vale de la estrategia narrativa que Hayden White ha identificado como “explicación por la trama” (*explication by emplotment*).⁸⁰ Bajo este régimen literario de la verdad, el historiador hace que “los hechos hablen por sí mismos”, buscando refugiarse siempre en la lectura o “recepción” desde “el sentido común”. Asimismo, en toda su obra Lorente siempre evita

el vicio pomposo de las citas de que algunos historiadores recargan sus páginas. Esta intempestiva erudición que jamás usaron los de primer orden, hace perder de vista el espectáculo de lo que fue por escuchar lo que otros dijeron, quita al pensamiento propio la unidad de concepción, a la narración el colorido y al estilo su libre movimiento; y presenta así la realidad que pretendía reproducir más fielmente, sin verdad, sin luz y sin vida. Si se pretende con este sistema fatigoso de citas continuas autorizar el propio testimonio con el de otros historiadores, se olvida sin duda que semejante pretensión conduciría de ordinario a discusiones interminables, y que en la mayoría de los casos el trabajo de las citas no quedaría compensado con el crédito que el historiador puede buscar por lo común con medios más naturales y de éxito más seguro.⁸¹

Las técnicas narrativas de la representación realista, en Lorente, emanan de su filosofía de la historia. No indican falta de erudición o carencia de datos como lo han querido insinuar sus críticos. La narración histórica no es un simple espejo de todos los hechos sino una “pintura fiel y viva de la realidad” misma, y por lo tanto legible desde el “sentido común”, porque brota de la lógica real de los hechos cotidianos de los hombres. Para Lorente, los hechos históricos nunca son “caprichos del acaso” porque

estando sujetas a las leyes físicas y morales las evoluciones de la humanidad por la doble acción de la Providencia y de la libertad humana, toda exposición desordenada, en que aparezcan los sucesos sin relaciones con el tiempo, con los lugares, con las personas y con las demás influencias, no será la pintura fiel y viva de la realidad, será la imagen del caos, el tenebroso reflejo de siglos vacíos o turbulentos, apariencias fugitivas sin significación para el progreso, las que a lo más podrán alimentar la vana curiosidad, ya que no extravíen el pensamiento.⁸²

⁸⁰ Sobre “*explication by emplotment*” en la historiografía europea del siglo XIX, véase White, *Metahistory*, pp. 7-11.

⁸¹ Lorente, *Historia antigua del Perú* pp. 20-21.

⁸² *Ibid.*, p. 21.

La historia escrita no debe ser nunca una “imagen del caos”; el historiador siempre debe buscar la “verdadera armonía” entre el texto que elabora y la esencia de la realidad retratada. Y como la moderna “historia de la civilización” es la única que contempla la “armonía entre todos los elementos civilizadores” de la humanidad es ella la más alta y “verdadera historia”. Así es que “la historia metódica de la civilización, la verdadera historia presentando los hechos en su unidad viviente y luminosa, merecerá llamarse según el lenguaje de Cicerón, luz de la verdad y maestra de la vida”.⁸³

Frente a un indigenismo criollo que, durante el periodo inmediatamente posterior a la independencia, erigió una leyenda negra antiespañola sobre el “colonijaje”, en efecto convirtiéndolo en “un paréntesis retrógrado y letárgico” en el desarrollo nacional del Perú,⁸⁴ Lorente defendió una visión filosófica del desarrollo histórico de la civilización peruana. Tal visión historicista jamás pudo admitir una negación tan “superficial” y “cínica” en la larga historia de la civilización del pueblo peruano. Era una ley filosófica de la historia, de orden leibniziana y vicosina, que la Providencia siempre proveía resultados lógicos y positivos, ya que jamás “borra un nombre del libro de la vida” sin reemplazarlo con otro. Aunque su visión del periodo colonial es bastante crítica, para Lorente era obvio que había emergido una “nueva nacionalidad peruana” bajo las influencias de España, por entonces “vanguardia de Europa”, y su ferviente catolicismo colonial. La nueva nacionalidad de la vieja civilización peruana era “más sólida” de lo que había sido bajo el “frágil” orden de los incas. El Perú conservó su nombre.

La historia del Perú independiente y republicano de Lorente formaba parte de la historia mundial de la “edad contemporánea” iniciada por la Revolución francesa. “Desde 1789 hasta nuestros días [...] puede decirse que nos hallamos en la edad de las revoluciones” en que “se deja sentir más y más la dominación del gran número; si no todo se hace por el pueblo, se procura manifestar que todo es para el pueblo.”⁸⁵ A pesar de las convulsiones políticas en el Perú, la Edad de las Revoluciones se caracterizaba por “el predominio de la democracia, la solidaridad creciente de los pueblos y el progreso rápido”.⁸⁶ De hecho, “la civilización del siglo XIX alcanza una grandeza, a que nada puede compararse en los tiempos antiguos, ni en los modernos, sin que por eso esté exenta de sufrimientos y de extravíos”.⁸⁷ Y a pesar de las oleadas reaccionarias en Europa, el liberalismo popular o republicano, “fundamento de toda revo-

⁸³ *Ibid.*, p. 22.

⁸⁴ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, p. 5.

⁸⁵ Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. i-iv.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. iv-v.

⁸⁷ *Idem.*

lución contemporánea”, avanzaba tanto en Europa como en América, y eran evidentes los signos de progreso en los “Estados despóticos” del África colonial y también en Asia. Lorente señala que en la India hubo progreso durante el colonialismo británico. “Calcuta y otros grandes centros ostentaban bellos establecimientos de instrucción y beneficencia. Mas el despotismo de la Compañía de las Indias Orientales se hacía más y más intolerable”.⁸⁸ El motín de 1857 frenó los peores abusos de la rapaz Compañía, pero la rebelión fracasó a causa de divisiones religiosas y del llamado de las castas más poderosas a volver a la monarquía mogul. En cambio, la reina de Inglaterra prometió reformas económicas y justicia social.⁸⁹ Era solo una cuestión de tiempo antes de que la India también obtuviese su independencia republicana.

Las revoluciones en Hispanoamérica tardaron en llegar, pues hace tiempo que los americanos y sobre todo los peruanos estaban ya bien preparados por su historia para una vida independiente de la metrópoli. A diferencia de muchos, en el relato independentista de Lorente no existe ningún “todavía no” (*noch nicht* o *not yet*). En efecto, la grandeza y los recursos de las colonias siempre habían sobrepasado los de la metrópoli, y “la antigua grandeza de los imperios peruano y mexicano respondía del porvenir de poderosos estados”. Bajo el dominio colonial “habían ocurrido tentativas de emancipación, a las que solo faltó la oportunidad para el éxito completo [...] El gobierno español no sabía administrar bien países, que apenas conocía [...] Además de las absurdas y ruinosas restricciones impuestas al movimiento civilizador”.⁹⁰ El Iluminismo hispanoamericano del siglo XVIII (Lorente tiene en mente figuras como Peralta y Unanue) proveyó de las luces filosóficas para la germinación de la libertad. El éxito de los Estados Unidos impulsaba a los criollos, al mismo tiempo que la feroz represión de los alzamientos de esclavos en Haití minaba su resolución. Pero la Revolución francesa, a pesar del Terror, “vino a revelar los derechos, las conveniencias y las aspiraciones, que condenaban el coloniaje”.⁹¹ Apartándose de aquellos que afirmaban que un Perú recalcitrante había sido arrastrado a la independencia, Lorente argumentaba que en América del Sur los primeros gritos de independencia se escucharon en el Perú en 1804, con la conspiración “de Aguilar y Ubalde en el Cuzco”. Más tarde, las incursiones de los británicos en Buenos Aires fueron rechazadas y allí floreció el patriotismo. Los movimientos independentistas se esparcieron rápidamente a través del continente en 1808, ya que la guerra que libraba la propia España por su independencia con-

⁸⁸ *Ibid.*, p. 184.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 185-186.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 204.

⁹¹ *Ibid.*, p. 205.

tra la Francia napoleónica brindó a las colonias el momento oportuno para liberarse. El golpe militar liberal de 1820 en España puso fin al reinado absolutista de Fernando VII, colaborando con la causa de la libertad en América.⁹²

En Lima, el ejército libertador de San Martín fue recibido cálidamente: de no haber sido por la simpatía del general rioplatense hacia la monarquía constitucional, la revolución republicana por la independencia, activa en Lima, podría haber evitado el derramamiento de sangre. Las dudas de San Martín y las maniobras del último virrey, La Serna, preparaban la escena para la intervención política y militar, necesaria y definitiva, de Simón Bolívar, cuyas fuerzas finalmente triunfaron en Ayacucho en 1824.⁹³ Bolívar fue entonces el hombre que se necesitaba, la personificación de la independencia, con “su mirada de águila, su exterior imperioso y su elocuencia vehemente avasallaban al vulgo; de aspiraciones sublimes, de vasta inteligencia, y de imaginación volcánica”.⁹⁴ El Perú y Sudamérica ya tenían un héroe cultural épico, un fundador brillante de la edad contemporánea de las revoluciones. Sin embargo, en el Perú y otras repúblicas sudamericanas, el legado más visible de la independencia fue un militarismo antidemocrático. ¿Pero no era acaso el mismo legado en Europa, donde los generales competían por el poder con rancios monarcas? Además, no todos los caudillos militares en América se oponían al “interés nacional”, como sí lo hacían los monarcas imperialistas en Europa, ni tampoco estaban necesariamente desprovistos “de celo ilustrado por la grandeza y prosperidad de la patria”.⁹⁵ Un claro ejemplo de ello es Ramón Castilla en el Perú. Castilla había comandado la Revolución de 1854 que abolió la esclavitud, liberó a los indígenas de pagar tributos, acabó con la pena de muerte, suprimió el diezmo, amplió el derecho a voto, estableció una educación liberal y colocó al Perú en el camino de la prosperidad económica. A pesar del militarismo, la Revolución liberal de la república mantuvo sus promesas y avanzó hacia delante. La situación del Perú en la década de 1870 es relativamente estable, durante la presidencia civil de Manuel Pardo, aunque las intrigas reaccionarias y los problemas fiscales presentaban

una situación gravísima, llena de sufrimientos y peligros. No por eso dejan de ser tan incuestionables, como grandiosos los progresos realizados por el Perú en medio siglo de vida independiente. La grandeza tradicional, el suelo privilegiado, las

⁹² Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. 204-206, y Lorente, *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca*, pp. 382-383.

⁹³ Lorente, *Compendio de Historia Contemporánea*, pp. 204-206.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 221.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 278.

reformas emprendidas y el espíritu nacional, solícito y capaz de la mayor cultura, anuncian siempre a la república un glorioso porvenir.⁹⁶

En parte podemos atribuir la fe manifiesta de Lorente en la capacidad y el progreso de la República al periodo en el que éste escribía sus historias. Entre la Revolución de 1854 y la guerra con Chile que comenzó en 1879, el Perú vivió un crecimiento económico sin precedentes y una relativa estabilidad política, gracias, principalmente y en palabras de Lorente, a la riqueza “providencial” derivada del fabuloso recurso natural del guano. Con la derrota de España y el desmantelamiento de su “absurdo” mercantilismo colonial, el Perú podía ahora aprovechar plenamente el potencial económico y civilizador de este antiguo “recurso nacional”.⁹⁷ Montado en las alas del comercio, el fertilizante de excremento de pájaro rico en nitrógeno llegó al rescate de los campos europeos de papas y maíz, vaciados de nutrientes y roídos por las plagas: otro don que los antiguos peruanos (y mexicanos) brindaron a la moderna civilización europea. La sabia administración de Castilla trajo entonces “el periodo más feliz en la historia del Perú independiente”⁹⁸ y, a pesar de una serie de intentonas reaccionarias, la presidencia civil de Manuel Pardo brindó una mayor estabilidad que durante el pasado caudillesco de las primeras décadas de la República. Sin embargo, la devastadora derrota del Perú y la ocupación chilena durante la Guerra del Pacífico (1879-1884) terminaron de forma abrupta y violenta la era de Lorente. Su síntesis suprema, *Historia de la civilización peruana*, publicada en las vísperas de la invasión chilena, fue su último libro. Murió en Lima en 1884.

EL FANTASMA DE LA INVENCION, O EL PRESUPUESTO DE LA HISTORIOGRAFÍA PROFESIONAL

La minúscula cripta de Lorente en el viejo y deteriorado cementerio de Lima es modesta y hace algún tiempo desatendida. Es la típica cripta de un austero educador republicano, con un simple friso de mármol con su imagen en perfil, apenas visible tras el vidrio roto. Sea esta cripta una metáfora del minúsculo espacio para Lorente en el cementerio de la historiografía profesional del siglo XX. La historia republicana de la civilización peruana de Lorente no fue igualada en el Perú del siglo XIX, debido a su coherencia tanto filosófica como política, y a su vocación narrativa por una pedagogía popular que, hay que reconocerlo, lo-

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 238-239.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 239.

⁹⁸ *Idem.*

graba plenamente. Pero sus logros han sido callados o minimizados, y su lugar en la historia de la historia peruana eclipsado por otros. A causa de esta desatención, mi insistencia en el sentido ejemplar de los escritos de Lorente requiere una explicación de por qué Lorente fue abandonado por los historiadores profesionales peruanos del siglo XX. Sugiero que la amnesia profesional que rodea a Lorente revela más bien la presencia fantasmal de su narrativa genealógica o historicista de la nación peruana. En realidad, su narrativa maestra está hoy en todas partes, y por lo tanto es invisible; forma tanto el objeto cognitivo de los estudios históricos como la configuración de él como sujeto histórico colectivo singular, lo que no debe sorprendernos: suele ocurrir que las fundaciones o presupuestos de las disciplinas les sean invisibles. Este hecho brinda una lección fundamental: las posibles verdades de la disputada “historiografía nacional” descansan sobre un sentido colectivo mucho más profundo y consensual, es decir, sobre la base de una serie de verdades, culturalmente “instaladas” por la circulación cotidiana de un sentido “nacional” de ser y estar en el mundo. Este sentido es tan “total” como el del nombre mismo de “peruano”, es decir, toca todos los aspectos de “la vida peruana” incluidos, desde luego, los pasados creados y debatidos por la historiografía profesional.

La mayoría de los historiadores profesionales del siglo XX o han ignorado a Lorente, o han realizado una lectura superficial de sus trabajos ya que, para muchos de ellos, la obra de Lorente es “superficial” y no merece mayor atención. Los orígenes de esta visión son, sin embargo, cualquier cosa salvo profesionales: puede observarse en los rivales contemporáneos de Lorente, quienes desde las columnas de opinión de los periódicos lanzaban ataques xenófobos contra su persona y sus escritos. Entre los más notables de estos ataques estaban las diatribas *ad hominem* de Manuel Atanasio Fuentes (bajo cubierto de seudónimos).⁹⁹ Pero aparentemente ese tono despectivo se convirtió en dogma en el Perú académico, como consecuencia de los juicios sumarios del joven historiador José de la Riva-Agüero y su colega Víctor Andrés Belaúnde. Riva-Agüero es aún percibido como el “padre de la disciplina académica de la

⁹⁹ Véase, por ejemplo, “Tres preguntas al Señor Lorente”, reimpreso en Fuentes, *Retazos del Murciélago*, tomo 1, p. 164. También véase la diatriba firmada “Los Peruanos” en la edición de *El Comercio* del 7 de agosto de 1867. Estos rivales “peruanos” objetaban a Lorente por haber obtenido el contrato del gobierno para publicar las *Memorias de los Virreyes*, junto con otros documentos en su haber. Fuentes competía con Lorente para dirigir una atractiva comisión del gobierno para editar y publicar las *Memorias de los Virreyes del Perú*. En una serie de comentarios que aparecieron en el periódico más importante de Lima, *El Comercio*, y firmando satíricamente “Un bípedo”, Fuentes ponía en cuestión las facultades mentales de Lorente, descartando su trabajo como el de un narrador vulgar que describía con aprobación “costumbres inmorales e impúdicas” como la corrida de toros andina.

historia” en el Perú,¹⁰⁰ mientras que a Belaúnde suele dársele crédito (y él se lo da a sí mismo también) por haber iniciado a los lectores peruanos en la sociología moderna (aunque el crédito pertenezca a Carlos Lisson), y por inventar la idea de *peruanidad*. Quizá más por error que por acierto, las generaciones siguientes de historiadores sociales de izquierda parecieron coincidir con estos juicios sumarios, en parte (y sólo en parte), cabe sospechar, porque pocos se molestaban en leer a Lorente, cuyos libros ya no se imprimían.¹⁰¹ De entre los historiadores más conocidos del siglo XX en Perú, sólo Raúl Porras Barrenechea parece haber leído a Lorente con suficiente atención para reconocer la gran importancia de su narrativa totalizadora.¹⁰²

La cripta de Lorente como símbolo del olvido refleja en parte la del “progreso” y “prosperidad” de la República misma; luego esos conceptos en manos de los historiadores sociales del siglo XX, se convertirían en “ficticios”. La devastadora Guerra del Pacífico (1879-1884) desgarró al Perú. Lima fue ocupada por un comando chileno que utilizó la Biblioteca Nacional para albergar tropas y administrar la ciudad. Campañas expedicionarias persiguieron a la resistencia peruana a través de las alturas de los Andes, y para empeorar más las cosas, la guerra civil entre quienes buscaban terminar cuanto antes con la guerra firmando la paz con Chile (los azules) y quienes veían a la paz como una deshonra para la patria (los colorados), prolongó el conflicto más allá de la retirada de las tropas chilenas en 1884. Perú perdió valiosos territorios en su frontera sur con Chile (de Arica a Antofagasta), y también fue obligado a compensar económicamente al vencedor. Las finanzas del Estado colapsaron cuando los bonistas extranjeros asumieron la deuda nacional con grandes ganancias y, como resultado de una guerra civil sangrienta, crecieron las tensiones políticas, étnicas y de clase. Perú volvió al control militar, aunque bajo el comprometido régimen del héroe patriótico de la resistencia “colorada”, Andrés Avelino Cáceres. Durante la polvareda de la posguerra, muchos de los intelectuales más notables de Lima lanzaron duras críticas contra el disuelto orden republicano. La nación era inexistente, exclamaban. La república era una mera ilusión “formalista”.¹⁰³

¹⁰⁰ Véase por ejemplo Kaulicke, *Aportes y vigencia*, p. 78.

¹⁰¹ Gracias a la Universidad de San Marcos, Lorente ya no está fuera de circulación. Véase Thurner, *Sebastián Lorente*.

¹⁰² En su curso sobre fuentes en la universidad en 1945, publicado 18 años después como *Fuentes Históricas Peruanas* (Lima, 1963), Porras Barrenechea critica duramente el rechazo de Lorente por parte de Riva-Agüero. Porras describe a Lorente como “uno de los más grandes pioneros de la historia peruana” (p. 256). Otra figura de la historia del pensamiento en el Perú que parece haberse aprovechado de la lectura de Lorente es Pedro Zulen.

¹⁰³ Sobre la guerra y la depresión de posguerra, véase, Kristal, *The Andes Viewed*; Manrique, *Campeinado y Nación*; Mallon, *Peasant and Nation* y Thurner, *From Two Republics*. Ma-

En un interesante ensayo sobre el desarrollo de “los historicismos” peruanos, publicado en la década de 1970, Pablo Macera —frecuentemente señalado como el fundador de la historia social en el Perú— descartaba el trabajo de Lorente como meros “textos escolares”.¹⁰⁴ Las reflexiones de Alberto Flores Galindo sobre la historia de la historia peruana del siglo XIX, escritas en la década de 1980, seguían a Macera en este punto.¹⁰⁵ El desdén de Macera se volvió un credo¹⁰⁶ principalmente porque él y sus seguidores (todos historiadores sociales) entendían el pensamiento historicista (y en esto coincidían con Jorge Basadre) como una tendencia progresista, nacionalista, y colectivista, y para ellos estos elementos estaban obviamente ausentes antes del siglo XX.¹⁰⁷ De hecho, según Basadre la ausencia de un auténtico pensamiento historicista nacional era una de las principales causas del fracaso del Perú en tanto nación. Pero Basadre, ignoró casi por completo a Lorente,¹⁰⁸ caracterizando sus primeros escritos (*Pensamientos sobre el Perú*) en los mismos términos despectivos que Fuentes, caracterizándolos de forma caprichosa como “un testimonio ligero sobre el país profundo”.¹⁰⁹ Lo irónico de esta sentencia es que la muy influyente obra historicista de Basadre termina reciclando muchos elementos filosóficos y narrativos de Lorente.¹¹⁰

nel González Prada, Luis Carranza y Ricardo Palma fueron algunos de los que alzaron la voz y que encontraron un eco en el discurso histórico posterior.

¹⁰⁴ Al descalificar la historia del siglo XIX en el Perú como nada más que libros de texto y compilaciones, Macera argumenta que la generación de Riva-Agüero y Belaúnde es la responsable del “primer historicismo” en el Perú. Macera coloca a este “historicismo tradicional” en el periodo que va de la Guerra del Pacífico y la primera guerra mundial, citando específicamente a Riva-Agüero y Belaúnde como sus representantes. Véase Macera, “Historia e Ideología” y “El historiador y su oficio”, tomo 1, pp. 5-7 y 129-130.

¹⁰⁵ Flores Galindo, “La imagen y el espejo”, p. 4.

¹⁰⁶ Excepción notable es la inteligente y útil ponencia presentada al *V Coloquio de Estudiantes de Historia en el Perú* (1994) por Gabriel Ramón Joffré, intitulada “La Historia del Perú según Sebastián Lorente”.

¹⁰⁷ Desgraciadamente esta idea sigue vigente. En su lectura reciente sobre el trabajo de Basadre, el joven historiador Gustavo Montoya repite la dudosa afirmación de Macera de que ningún historiador antes de Basadre había “producido una síntesis del proceso histórico peruano”. Véase Montoya, “Jorge Basadre”, p. 18.

¹⁰⁸ Es cierto que en otro momento Basadre parece rectificar su opinión, señalando (en su enciclopédica *Historia de la República del Perú*, tomo VII, pp. 169-172) que Lorente “inicia en el Perú la historiografía universitaria” y que “aparece como el único historiador avecindado en el Perú que ha intentado hacer el estudio total de la experiencia histórica nacional en un plano distinto del texto escolar, presentando el estado de los conocimientos según los materiales utilizables en su época”. Estas frases son más bien notas tomadas de los escritos de su colega Raúl Porras Barrenechea, el único historiador del siglo XX que reconoció la importancia del trabajo de Lorente. El hecho es que Basadre nunca reconoció su deuda con su predecesor.

¹⁰⁹ Basadre, *Historia de la República*, tomo V, p. 66.

¹¹⁰ Thurner, “Jorge Basadre’s ‘Peruvian History of Peru’”.

Al ignorar a Lorente, Basadre y Macera siguen el ejemplo de José de la Riva-Agüero. En su influyente tesis doctoral, *La Historia en el Perú* (1910), Riva-Agüero excluye toda discusión seria de la obra de Lorente. A pesar de la incoherencia del título (si se tratara realmente de “la historia escrita en el Perú” tendría que ser mucho más amplia la obra; por otro lado, la tesis no se intitula “La historia escrita por peruanos” aunque, si fuera así, según nuestro criterio, Lorente asumiría un lugar fundacional en ella, y varios de los historiadores de los que trata la tesis habría que excluirlos) la excusa de esta escisión sería fácil ya que, después de todo, parece ser indiscutible que Lorente no había nacido “en el Perú”. Pero hay razones para sospechar que la razón de esta escisión era más profunda que una simple y burda xenofobia a las fuentes. A regañadientes, y quizás tras sentir el tirón de su casa de estudios, donde Lorente había sido decano de Letras, Riva-Agüero agregó un apéndice de dos páginas de comentarios a su tesis. En estas escasas páginas otorga a Lorente el menospreciado “título de vulgarizador”. Afirma Riva-Agüero que Lorente no merece ser calificado como “un pensador sino un modesto expositor [...] sin vocación erudita”. No era “ni investigador ni sintético” sino un “simple narrador, agradable pero superficial”.¹¹¹ Pero puede encontrarse una razón más “profesional” para la aparente escisión patrioterica que hace Riva-Agüero de Lorente: reside en la incómoda sospecha de que el discurso histórico del “vulgarizador” era, en más de un sentido, cercano al suyo propio. Si removemos el andamiaje académico y los “nuevos descubrimientos” de la sociología positivista, podremos apreciar que no existen diferencias significativas entre el “método crítico” de Riva-Agüero y la “historia crítica” de Lorente. Ambos se basan en los sencillos análisis comparativos de lo que entonces se llamaba “crítica histórica”, combinados con amplias dosis de “sentido común”.¹¹² Ambos intentaron escribir la “historia política” y la “historia de la civilización” (aunque en eso Lorente tuvo mucho más éxito). La unión indisoluble entre patriotismo e historia fue un dogma de fe para ambos autores, identificable en todos sus escritos.¹¹³ Ambos reivindicaban también, aunque con reservas críticas, el legado positivo del Inca Garcilaso de la Vega. En la cuestión del legado del Estado inca, sus posturas también eran similares. Ambos historiadores suscribían en mayor o menor medida la crítica liberal de William Prescott sobre el despotismo inca, aunque, sin dudas, el historiador neopositivista y luego conservador es más cercano a Prescott que el republicano liberal. Prescott había argumentado que los incas eran una “raza superior” de déspotas

¹¹¹ Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, pp. 539-540.

¹¹² *Ibid.*, pp. 140-143.

¹¹³ *Ibid.*, pp. 504-505.

provenientes de Oriente, cuyo reinado aplastó las “energías individuales” de sus súbditos nativos, inferiores y dóciles.¹¹⁴ En palabras de Riva-Agüero, el despotismo inca fue “en mucha parte responsable de los males que todavía afligen el moderno Perú”.¹¹⁵ A pesar de la inclinación de Riva-Agüero por los métodos positivistas y prácticas académicas “más modernos”, ambos historiadores procuraron escribir “historias filosóficas” animadas, que sintetizasen las grandes tendencias y enseñanzas del largo pasado del Perú. Consideradas como discursos narrativos, la historia de Riva-Agüero y la de Lorente eran notablemente similares, y resulta razonable concluir que, en este terreno, Riva-Agüero no superó los logros duraderos de Lorente.

La tesis doctoral en jurisprudencia de Víctor Andrés Belaúnde, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (1908), desprecia la obra de Lorente en términos aún menos generosos. Sin embargo, a juzgar por sus comentarios, los lectores de Lorente tienen fuertes razones para dudar si alguna vez Belaúnde leyó a Lorente de otra forma que no fuese superficial, o incluso de segunda mano. Belaúnde escribió: “Siguió a Prescott, informándose en el criterio de los trabajos sobre la historia de la civilización de Inglaterra de Buckle, el Señor Lorente, historiador superficial y diluido. Su obra, principalmente descriptiva, sin ideas de conjunto, es inferior al trabajo de Prescott”.¹¹⁶ En verdad, Lorente se alejaba mucho de Prescott en cuestiones centrales, y era muy crítico de la historia positivista de Inglaterra escrita por Buckle. La noción de historia de la civilización derivaba en Lorente del pensamiento historicista, de Leibniz, Kant y Vico, y no de la inspiración positivista de la cual era enemiga acérrima. Además, fue Lorente el único historiador peruano del siglo XIX capaz de ensamblar en una prosa clara y unificada una “idea de conjunto” de la historia peruana. Según los criterios de su época y escuela filosófica, la historia que escribió Lorente no es para nada “descriptiva” ni “superficial” y tampoco “diluída”: todo lo contrario. Lorente sí leyó a Buckle, pero es abrumadoramente evidente que el positivista británico no tenía ninguna influencia sobre él. Al contrario, Lorente le fustiga a Buckle por su determinismo ambiental y “fatalismo y sensualismo” que, desde su punto de vista, condenaba a grandes poblaciones coloniales a una degeneración perpetua.¹¹⁷

Es cierto que los trabajos de Prescott están inspirados en métodos críticos similares y en una prefiguración o telos liberal, pero la historia filosófica de la civilización de Lorente es más generosa que la narrativa yanqui de Prescott

¹¹⁴ Véase Prescott, *The Conquest of Peru*.

¹¹⁵ Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*, pp. 179-180.

¹¹⁶ Belaúnde, *El Perú antiguo*, p. 32.

¹¹⁷ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 8-9.

acerca del decisivo topos del “declive español,” estudiada por Richard Kagan en otro contexto.¹¹⁸ Asimismo, en otros puntos clave Lorente se aleja con sabiduría de los juicios valorativos de Prescott. Admite que la civilización inca, en tanto “Estado moral o ideal”, dejaba mucho que desear pues tendía al “reino de uno solo”, y por ende al inmovilismo. Pero desde la perspectiva de la *crítica histórica*, esto es, hablando comparativamente, anota Lorente, el Estado inca era admirable, en primer lugar por elevar el bienestar general de su pueblo a niveles superiores que los de la Europa feudal, y segundo por unificar la enorme diversidad étnica de los pueblos andinos, pues “echaron las bases para la unidad y engrandecimiento del Perú”.¹¹⁹ La interpretación que hace Lorente de la civilización inca es menos acusadora y orientalizadora que la de Prescott, en parte gracias a que la filosofía de la historia de Lorente, patriótica y republicana, era más comprensiva con las tesis del Inca Garcilaso; en parte porque Lorente buscaba los orígenes oscuros de la nación peruana, mientras Prescott consideraba que tal búsqueda yacía en “tierra de oscuridad más allá de la historia”, y, finalmente, porque Lorente estaba comprometido políticamente con un proyecto progresista de redención indígena, inspirado en el ejemplo de Bartolomé de Las Casas.¹²⁰

A diferencia de Prescott, y a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos peruanos, Lorente negó de manera sistemática que los nativos del Perú hubieran sido irremediable y significativamente degradados bajo los reinados inca y español. Aunque era cierto que los primeros estaban imbuidos de “un espíritu oriental”, transmitido por migraciones muy antiguas y marcas lingüísticas, este espíritu podía sin embargo servir al designio providencial de un “progreso” ordenado, entendido como la renovación historicista del “nombre” o “germen” de la “civilización peruana”. Todas las “declamaciones ya frías, ya vehementes contra su rudeza, ingratitud, pereza, indolencia, incapacidad y otros defectos más graves, que se suponen ingénitos e incurables” no son más que “la vieja calumnia de las razas opresoras contra las razas oprimidas”.¹²¹ “Aun cuando la degradación se hubiera consumado, ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura”.¹²² La defensa historicista de los indígenas que hace Lorente anticipó las

¹¹⁸ Véase Kagan, “Prescott’s Paradigm”. Prescott utilizó una narrativa similar para las civilizaciones inca y azteca, al igual que para el imperio español en América.

¹¹⁹ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 146-147.

¹²⁰ Lorente era un miembro fundador y activo de la Sociedad de Amigos de los Indios, que encabezó la defensa legal de los indígenas contra los abusos de terratenientes y oficiales. La sociedad también publicó los escritos de Las Casas en defensa de los indígenas.

¹²¹ Lorente, *Historia de la civilización peruana*, pp. 146-147.

¹²² *Ibid.*, p. 147.

posiciones indigenistas del Perú de las décadas de 1920 y 1930 pero remitiéndose también a la “epistemología patriótica” del siglo XVIII. La epistemología patriótica tendía a dividir claramente el pasado glorioso y aristocrático de los nativos con su presente miserable y común. Como ya he argumentado en otra parte, este cisma distópico caracterizó a gran parte del discurso histórico en el Perú del siglo XIX.¹²³ Sin embargo, en Lorente podemos observar los primeros anuncios de su colapso, ya que no era “necesario evocar el pasado para poner fuera de duda los bellos rasgos que le caracterizan” al indígena peruano.¹²⁴ Estos rasgos admirables se revelan

de un valor sereno en el campo de batalla; brilla en la enseñanza superior, en la prensa, en la tribuna y en los libros; ha dado a la iglesia santos y a la patria héroes; su dulzura rara vez se ha desmentido, siendo en su raza más raros los atentados, que en las razas de mejores costumbres; su docilidad, que la ambición ajena ha explotado, puede arraigar el orden social más perfecto; cuando se ha acusado de insensible, derrama raudales de ternura en sus cantares, y con frecuencia el dolor comprimido causa en su corazón estragos irreparables; no son raras las muestras que da de abnegación sublime; su pereza, que es consiguiente al trabajo mal retribuido, se convierte en laboriosidad, desde que está seguro de alcanzar la recompensa merecida; es reservado porque tiene justos motivos para no expresar lo que siente [...] No hay pues, en los vicios, que se atribuyen a los indígenas, nada que no sea obra del artificio y de la violencia, y por lo tanto todos han de desaparecer y están desapareciendo con una cultura más liberal, inteligente y moralizadora.¹²⁵

En suma, la historia filosófica de Lorente tendía a la abolición del abismo histórico entre el pasado glorioso y el presente miserable; su visión no podía aceptar el “todavía no” de los liberales bolivarianos (tales como Benito Laso y Juan Espinosa), que argumentaban que los indígenas “aún no estaban listos” para ser ciudadanos republicanos.

Lo más evidente para nosotros es que la llamada *historia ligera* (Basadre) o *historia superficial* (Belaúnde, Riva-Agüero) de Lorente se ha hecho *historia profunda del Perú*. Es tan profunda que hoy en día pasa inadvertida en tanto fundación inconsciente de la narrativa contemporánea de la historia peruana. No fue Belaúnde,¹²⁶ ni Basadre, sino Lorente quien fundó la genealogía moderna de la civilización nacional del Perú, esto es, la narrativa historicista y to-

¹²³ Véase Thurner, “Peruvian Genealogies”, pp. 141-175.

¹²⁴ Lorente, *op. cit.*, p. 146.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 146-147.

¹²⁶ Sobre la *peruanidad*, véase Belaúnde, *La realidad nacional y Peruanidad*.

talizadora de la *peruanidad*. Lorente articuló y promulgó el discurso de la *historia peruana* como la evolución progresiva del “nombre” y del “espíritu comunal” de una antigua civilización que, solidificada bajo el poder imperial moderno y liberada por la revolución republicana poscolonial, conservaba a ambos en las costumbres cotidianas y en el “espíritu nacional”. Sin saberlo quizás, Basadre asumirá como propias las grandes líneas de la misma arquitectura genealógica y nominativa, aunque la completará con ciertos conceptos sociales y filosóficos propios del siglo XX.¹²⁷

Desenterrar el discurso histórico nacional de Lorente de bajo la sepultura del abandono puede colaborar en una enseñanza crítica y deconstructiva de la escritura de la historia peruana. La profunda historia “superficial” del Perú de Lorente confirma visiblemente que las antiguas tumbas de las naciones modernas son, como tan bien argumenta Benedict Anderson, tan superficiales como rápidamente olvidadas, pero no por ello fácilmente desterradas.¹²⁸ Lo que resistió la sepultura y olvido de los historiadores profesionales fue precisamente el “cuerpo armonioso de su historia”. Al igual que la noción de Peralta Barnuevo, según la cual la historia debe imitar el glorioso linaje del Príncipe, la historia republicana ahora reproducía el todo orgánico de la “civilización peruana” misma. Aquí el efecto “espejo” era resuelto por el nombre propio de la nación, porque los “peruanos”, gracias a su “espíritu comunal” y su “alma nacional”, unían el Perú primitivo y antiguo con el moderno y contemporáneo. La “historia peruana” ahora comenzaba con primitivas “lecciones de ortografía” que hacían que la palabra “civilización” pudiese ser leída como una “lección práctica” para el futuro del Perú. Además, la “civilización peruana” no sólo incluía sino se basaba en la historia de las comunidades indígenas. La contemplación de las vastas “armonías” de la historia peruana estaba al alcance de cualquier lector peruano, ya que éstas se habían tornado “sentido común”. En efecto, parece difícil que llegue a estar alguna vez fuera de su alcance.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, Thomas, 2003, “Mothers and Mistresses of the Urban Bolivian Public Sphere: Postcolonial Predicament and National Imaginary in Oruro’s Carnival”, en Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham, N.C., Duke University Press, pp. 176-220.
- Anderson, Benedict, 1993, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and*

¹²⁷ Sobre Basadre, véase Thurner, “Jorge Basadre’s ‘Peruvian History of Peru’”.

¹²⁸ Anderson, *Imagined Communities*.

- Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1991 (*Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE).
- Basadre, Jorge, 1968, *Historia de la República*, sexta edición, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Basadre, Jorge, 1958, *Perú: problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*, Lima, J. Mejía Baca editor.
- Belaúnde, Víctor Andrés, 1908, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, Lima, tesis de doctorado en Jurisprudencia.
- Belaúnde, Víctor Andrés, 1931, *La realidad nacional*, París, Le Livre libre.
- Belaúnde, Víctor Andrés, 1957, *Peruanidad*, Lima, Eds. Libre Studium.
- Cañeque, Alejandro, 2003, *The King's Living Image*, Nueva York, Routledge.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, 2006, *Puritan Conquistadors and Other Essays*, Stanford, Stanford University Press.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, 2001, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press.
- Condamine, Charles-Marie de la, 1745, *Rélation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, París, Veuve Pissot.
- Córdova y Urrutia, J. M. de, 1839, *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del Departamento de Lima*, Lima, s.n.
- Córdova y Urrutia, J. M. de, 1844, *Las tres épocas del Perú, o compendio de su historia*, Lima, Imprenta del autor.
- Cortés, D. Cristóbal María, 1784, *Atahualpa: Tragedia premiada por la villa de Madrid*, Madrid, s.n.
- Espinosa, Juan, 1855, *Diccionario para el pueblo*, Lima, Imprenta Liberal.
- Flores Galindo, Alberto, 1986, "La imagen y el espejo", en *Márgenes*, Lima.
- Fuentes, Manuel A., 1866, *Aletazos del Murciélago*, París, Ad Lainé y J. Havard, tomo 1.
- Garcilaso de la Vega, Inca, 1609, *Primera parte de los Comentarios Reales*, Lisboa, P. Crasbeck.
- Garcilaso de la Vega, Inca, 1617, *Historia general*, Córdova, viuda de Andrés Barrera.
- Gisbert, Teresa, 1980, *Iconografía y mitos indígenas*, La Paz, Gisbert.
- Humboldt, Alexander von, 1813, *Vues des Cordillères, et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, París, 2. s.n.
- Humboldt, Alexander von, 1814, *Researches Concerning the Institutions & Monuments of the Ancient Inhabitants of America, with Descriptions & Views of Some of the Most Striking Scenes in the Cordilleras! Written in French by Alexandre de Humboldt & Translated in English by Helen Maria Williams*, Londres, Longman.
- Kagan, Richard, "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain", *American Historical Review*, vol. 101, núm. 2 (abril, 1996), pp. 423-446.
- Kaulicke, Peter (ed.), 2001, *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Koselleck, Reinhart, 2004, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, Columbia University Press.

- Kristal, Efraín, 1991, *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian, 1848-1930*, Nueva York, Peter Lang. (*Una visión urbana de los Andes: génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú, 1848-1930*, Lima, 1987).
- Lorente, Sebastián, 1876, *Compendio de Historia Contemporánea para los colegios del Perú*, Lima, Benito Gil.
- Lorente, Sebastián, 1876, *Compendio de la Historia Antigua de Oriente para los colegios del Perú*, Lima, Benito Gil.
- Lorente, Sebastián, 1860, *Historia Antigua del Perú*, Masias, París-Lima.
- Lorente, Sebastián, 1863, *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca: 1542-1598*, Lima, Benito Gil.
- Lorente, Sebastián, 1876, *Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas*, Lima, Benito Gil.
- Lorente, Sebastián, 1876, *Historia del Perú desde la proclamación de la independencia, Tomo I: 1821-1827*, Lima, Benito Gil.
- Lorente, Sebastián, 1879, *Historia de la civilización peruana*, Lima, Imprenta Liberal.
- Lorente, Sebastián, 1861, *Historia de la conquista del Perú*, París, Masias.
- Lovejoy, Arthur O., 1978, *The Great Chain of Being*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Macara, Pablo, 1977, "Historia e Ideología" y "El historiador y su oficio", *Trabajos de Historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, tomo 1.
- Mallon, Florencia, 2004, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press. (*Campesinado y nación*, Mexico, Ciesas, 1995).
- Manrique, Nelson, 1981, *Campesinado y Nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Montoya, Gustavo, 2002, "Jorge Basadre: el ensayo como estrategia", en Jorge Basadre, *La iniciación de la República*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos.
- Palma, Ricardo, 1863-1897, *Anales de la Inquisición de Lima*, Lima, tipografía de Aurelio Alfaro.
- Palma, Ricardo, 1964, *Tradiciones peruanas completas*, Madrid, Aguilar.
- Paz Soldán, Mariano Felipe, 1868, *Historia del Perú independiente, Primer periodo, 1819-1822*, Lima, s.n.
- Peralta Barnuevo, Pedro, 1723, *Júbilos de Lima y fiestas reales*, Lima, Ignacio de Luna y Bohorques.
- Peralta Barnuevo, Pedro, 1732, *Lima fundada o la conquista del Perú*, Lima, Francisco Sobrino.
- Peralta Barnuevo, Pedro, 1730, *Historia de España vindicada*, Lima, Francisco Sobrino.
- Porras Barrenechea, Raúl, 1963, *Fuentes Históricas Peruanas*, Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Pratt, Mary Louise, 1992, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.
- Prescott, William 1847, *History of the Conquest of Peru*, Filadelfia, Lippencott.
- Quijada, Mónica, "Los 'incas arios': Historia, lengua y raza en la construcción nacio-

- nal hispanoamericana del siglo XIX”, *Histórica*, vol. XX, núm. 2 (diciembre, 1996), pp. 246-247.
- Rancière, Jacques, 1992, *The Names of History: On the Poetics of Knowledge*, Minneapolis, University of Minnesota Press. (*Los nombres de la Historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1944).
- Ranking, John, 1827, *Historical researches on the conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez, and Talomeco in the thirteenth century, by the Mongols*, Londres, Longman.
- Raynal, Guillaume-Thomas-François, 1783, *Histoire philosophique et politique des états, lissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, Ginebra, Chez les Libraires associes.
- Riva-Agüero, José de la, 1965, *La Historia en el Perú*, Lima, Instituto Riva-Agüero [1910].
- Rivero, Mariano de y Juan Diego de Tschudi, 1851, *Antigüedades peruanas*, Viena, Imprenta imperial.
- Sahuaraura Inca, Justo Apu, 1850, *Recuerdos de la monarquía peruana*, París, Librería Rosa y Bouret.
- Solís, Antonio, 1684, *Historia de la conquista de Mexico, poblacion y progresos de la America Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha.
- Squier, Ephraim George, 1877, *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*, Nueva York, Harper & Brothers.
- Szeminski, Jan, 1993, *La utopía tupamarista*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Turner, Mark, “Jorge Basadre’s ‘Peruvian History of Peru’, or the Poetic Aporia of Historicism”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 88, núm. 2 (2008), pp. 247-283.
- Turner, Mark, 2003, “Peruvian Genealogies of History and Nation”, en Mark Turner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham, N.C., Duke University Press, pp. 141-175.
- Turner, Mark, 2006, *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*. Durham, N.C., Duke University Press. (*Republicanos andinos*, Lima y Cuzco, IEP-CBC, 1997).
- Ulloa, Antonio de y Jorge Juan, 1778, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Unanue, José Hipólito, 1806, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*, Lima, Imprenta Real.
- Ventura Calderón y Cevallos, Ángel, 1730, “Al Príncipe nuestro Señor”, en Pedro de Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada*, Lima, Francisco Sobrino.
- Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, 1988, *Obras Completas*, Lima, BCP.
- White, Hayden, 1973, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Williams, Jerry M., 2003, “Introduction”, *Historia de España vindicada*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs.
- Zamora, Margarita, 1988, *Lenguaje, Authority and Indigenous History in the Comentarios Reales de los Incas*, Cambridge, Cambridge University Press.